

CINCO CUENTOS HISPANOAMERICANOS

(por orden cronológico del nacimiento de sus autores)

La rosa de Paracelso

JORGE LUIS BORGES (autor argentino, 1899–1986)

1 En su taller, que abarcaba las dos habitaciones del sótano, Paracelso¹ pidió a su Dios, a su inde-
2 terminado Dios, a cualquier Dios, que le enviara un discípulo.

3 Atardecía. El escaso fuego de la chimenea arrojaba sombras irregulares. Levantarse para en-
4 cender la lámpara de hierro era demasiado trabajo. Paracelso, distraído por la fatiga, olvidó su
5 plegaria. La noche había borrado los polvorientos alambiques y el atanor cuando golpearon la
6 puerta. El hombre, soñoliento, se levantó, ascendió la breve escalera de caracol y abrió una de sus
7 hojas. Entró un desconocido. También estaba muy cansado. Paracelso le indicó un banco; el otro
8 se sentó y esperó. Durante un tiempo no cambiaron una palabra.

9 El maestro fue el primero que habló.

10 –Recuerdo caras del Occidente y caras del Oriente –dijo no sin cierta pompa–. No recuerdo la
11 tuya. ¿Quién eres y qué deseas de mí?

12 –Mi nombre es lo de menos –replicó el otro–. Tres días y tres noches he caminado para entrar
13 en tu casa. Quiero ser tu discípulo. Te traigo todos mis haberes.

14 Sacó un talego y lo volcó sobre la mesa. Las monedas eran muchas y de oro. Lo hizo con la ma-
15 no derecha. Paracelso le había dado la espalda para encender la lámpara. Cuando se dio vuelta
16 advirtió que la mano izquierda sostenía una rosa. La rosa lo inquietó.

17 Se recostó, juntó la punta de los dedos y dijo:

18 –Me crees capaz de elaborar la piedra que trueca todos los elementos en oro y me ofreces oro.
19 No es oro lo que busco, y si el oro te importa, no serás nunca mi discípulo.

20 –El oro no me importa –respondió el otro–. Estas monedas no son más que una prueba de mi
21 voluntad de trabajo. Quiero que me enseñes el Arte. Quiero recorrer a tu lado el camino que con-
22 duce a la Piedra.

23 Paracelso dijo con lentitud:

24 –El camino es la Piedra. El punto de partida es la Piedra. Si no entiendes estas palabras, no has
25 empezado aún a entender. Cada paso que darás es la meta.

26 El otro lo miró con recelo. Dijo con voz distinta:

27 –Pero, ¿hay una meta?

28 Paracelso se rió.

29 –Mis detractores, que no son menos numerosos que estúpidos, dicen que no y me llaman un
30 impostor. No les doy la razón, pero no es imposible que sea un iluso. Sé que “hay” un Camino.

31 Hubo un silencio, y dijo el otro:

32 –Estoy listo a recorrerlo contigo, aunque debemos caminar muchos años. Déjame cruzar el de-
33 sierto. Déjame divisar siquiera de lejos la tierra prometida, aunque los astros no me dejen pisarla.
34 Quiero una prueba antes de emprender el camino.

35 –¿Cuándo? –dijo con inquietud Paracelso.

36 –Ahora mismo– dijo con brusca decisión el discípulo.

37 Habían empezado hablando en latín; ahora en alemán.

38 El muchacho elevó en el aire la rosa.

¹ Paracelso, pseudónimo de Theophrastus Bombastus von Hohenheim (1493–1541), célebre médico y químico suizo. Tuvo fama de mago y místico.

39 –Es fama –dijo– que puedes quemar una rosa y hacerla resurgir de la ceniza, por obra de tu
40 arte. Déjame ser testigo de ese prodigio. Eso te pido, y te daré después mi vida entera.
41 –Eres muy crédulo –dijo el maestro–. No he menester de la credulidad; exijo la fe.
42 El otro insistió.
43 –Precisamente porque no soy crédulo quiero ver con mis ojos la aniquilación y la resurrección
44 de la rosa.
45 Paracelso la había tomado, y al hablar jugaba con ella.
46 –Eres crédulo –dijo–. ¿Dices que soy capaz de destruirla?
47 –Nadie es incapaz de destruirla– dijo el discípulo.
48 –Estás equivocado. ¿Crees, por ventura, que algo puede ser devuelto a la nada? ¿Crees que el
49 primer Adán en el Paraíso pudo haber destruido una sola flor o una brizna de hierba?
50 –No estamos en el Paraíso –dijo tercamente el muchacho–; aquí, bajo la luna, todo es mortal.
51 Paracelso se había puesto en pie.
52 –¿En qué otro sitio estamos? ¿Crees que la divinidad puede crear un sitio que no sea el Pa-
53 raíso? ¿Crees que la Caída es otra cosa que ignorar que estamos en el Paraíso?
54 –Una rosa puede quemarse –dijo con desafío el discípulo.
55 –Aún queda fuego en la chimenea –dijo Paracelso–. Si arrojaras esta rosa a las brasas, creerías
56 que ha sido consumida y que la ceniza es verdadera. Te digo que la rosa es eterna y que sólo su
57 apariencia puede cambiar. Me bastaría una palabra para que la vieras de nuevo.
58 –¿Una palabra? –dijo con extrañeza el discípulo–. El atañor está apagado y están llenos de pol-
59 vo los alambiques. ¿Qué harías para que resurgiera?
60 Paracelso le miró con tristeza.
61 –El atañor está apagado –repitió– y están llenos de polvo los alambiques. En este tramo de mi
62 larga jornada uso de otros instrumentos.
63 –No me atrevo a preguntar cuáles son –dijo el otro con astucia o con humildad.
64 –Hablo del que usó la divinidad para crear los cielos y la tierra y el invisible Paraíso en que es-
65 tamos y que el pecado original nos oculta. Hablo de la Palabra que nos enseña la ciencia de la
66 Cábala.
67 El discípulo dijo con frialdad:
68 –Te pido la merced de mostrarme la desaparición y aparición de la rosa. No me importa que
69 operes con alquitaras o con el Verbo.
70 Paracelso reflexionó. Al cabo dijo:
71 –Si yo lo hiciera, dirías que se trata de una apariencia impuesta por la magia de tus ojos. El pro-
72 digio no te daría la fe que buscas. Deja, pues, la rosa.
73 El joven lo miró, siempre receloso. El maestro alzó la voz y le dijo:
74 –Además, ¿quién eres tú para entrar en la casa de un maestro y exigirle un prodigio? ¿Qué has
75 hecho para merecer semejante don?
76 El otro replicó tembloroso:
77 –Ya sé que no he hecho nada. Te pido en nombre de los muchos años que estudiaré a tu som-
78 bra que me dejes ver la ceniza y después la rosa. No te pediré nada más. Creeré en el testi-
79 monio de mis ojos.
80 Tomó con brusquedad la rosa encarnada que Paracelso había dejado sobre el pupitre y la arrojó
81 a las llamas. El color se perdió y sólo quedó un poco de ceniza.
82 Durante un instante infinito esperó las palabras y el milagro.
83 Paracelso no se había inmutado. Dijo con curiosa llaneza:
84 –Todos los médicos y todos los boticarios de Basilea afirman que soy un embaucador. Quizá
85 están en lo cierto. Ahí está la ceniza que fue la rosa y que no lo será.

86 El muchacho sintió vergüenza. Paracelso era un charlatán o un mero visionario y él, un intruso,
87 había franqueado su puerta y lo obligaba ahora a confesar que sus famosas artes mágicas eran
88 vanas.

89 Se arrodilló, y le dijo:

90 –He obrado imperdonablemente. Me ha faltado la fe, que el Señor exigía de los creyentes. Deja
91 que siga viendo la ceniza. Volveré cuando sea más fuerte y seré tu discípulo y al cabo del Camino
92 veré la rosa.

93 Hablaba con genuina pasión, pero esa pasión era la piedad que le inspiraba el viejo maestro,
94 tan venerado, tan agredido, tan insigne y por ende tan hueco. ¿Quién era él, Johannes Grisebach,
95 para descubrir con mano sacrílega que detrás de la máscara no había nadie?

96 Dejarle las monedas de oro sería una limosna. Las retomó al salir. Paracelso lo acompañó hasta
97 el pie de la escalera y le dijo que en esa casa siempre sería bienvenido. Ambos sabían que no vol-
98 verían a verse.

99 Paracelso se quedó solo. Antes de apagar la lámpara y de sentarse en el fatigado sillón, volcó el
100 tenue puñado de ceniza en la mano cóncava y dijo una palabra en voz baja. La rosa resurgió.

La doble trampa mortal

ROBERTO ARLT (autor argentino, 1900–1942)

1 –He aquí el asunto, teniente Ferrain: usted tendrá que matar a una mujer bonita.

2 El rostro del otro permaneció impasible. Sus ojos desteñidos, a través de las vidrieras, miraban
3 el tráfico que subía por el bulevar Grenelle hacia el bulevar Garibaldi. Eran las cinco de la tarde, y
4 ya las luces comenzaban a encenderse en los escaparates. El jefe del Servicio de Contraespionaje
5 observó el ceniciento perfil de Ferrain, y prosiguió:

6 –Consuélese, teniente. Usted no tendrá que matar a la señorita Estela con sus propias manos.
7 Será ella quien se matará. Usted será el testigo, nada más.

8 Ferrain comenzó a cargar su pipa y fijó la mirada en el señor Demetriades. Se preguntaba cómo
9 aquel hombre había llegado hasta tal cargo. El jefe del servicio, cráneo amarillo a lo bola de man-
10 teca, nariz en caballete, se enfundaba en un traje rabiosamente nuevo. Visto en la calle, podía pa-
11 sar por un funcionario rutinario y estúpido. Sin embargo, estaba allí, de pie, frente al mapa de Áfri-
12 ca, colgado a sus espaldas, y perorando como un catedrático:

13 –Posiblemente, usted Ferrain, experimente piedad por el destino cruel a que está condenada la
14 señorita Estela; pero créame, ella no le importaría de usted si se encontrara en la obligación de
15 suprimirlo. Estela le mataría a usted sin el más mínimo escrúpulo de conciencia. No tenga lástima
16 jamás de ninguna mujer. Cuando alguna se le cruce en el camino, aplástele la cabeza sin miseri-
17 cordia, como a una serpiente. Verá usted: el corazón se le quedará contento y la sangre dulce.

18 El teniente Ferrain terminó de cargar su pipa. Interrogó:

19 –¿Qué es lo que ha hecho la señorita Estela?

20 –¿Qué es lo que ha hecho? ¡Por Cosme y Damián! Lo menos que hace es traicionarnos. Nos está
21 vendiendo a los italianos. O a los alemanes. O a los ingleses. O al diablo. ¿Qué sé yo a quién? Vea:
22 la historia es lamentable. En Polonia, la señorita Estela se desempeñó correctamente y con efi-
23 ciencia. Esto lo hizo suponer al servicio que podía destacarla en Ceuta. Los españoles estaban mo-
24 dernizando el fuerte de Santa Catalina, el de Prim, el del Serrallo y el del Renegado, cambiando los
25 emplazamientos de las baterías; un montón de diabluras. Ella no sólo tenía que recibir las infor-
26 maciones, sino trabajar en compañía del ingeniero Desgteit. El ingeniero Desgteit es perro viejo en
27 semejantes tareas. Con ese propósito, el ingeniero compró en Ceuta la llave de un acreditado café.
28 Estela hacía el papel de sobrina del ingeniero. El bar, concurrido por casi toda la oficialidad espa-
29 ñola, fue modernizado. Se le agregaron sólidos reservados. Un consejo, mi teniente: no hable nun-
30 ca de asuntos graves en un reservado. Cada reservado estaba provisto de un micrófono. Conse-
31 cuencia: los oficiales iban, charlaban, bebían. Estela, en el otro piso, a través de los micrófonos,
32 anotaba cuanta palabra interesante decían. Este procedimiento nos permitió saber muchas cosas.
33 Pero he aquí que el mecanismo informativo se descompone. El ingeniero Desgteit encuentra con
34 su cabeza una bala perdida que se escapa de un grupo de borrachos. Supongamos que fueron bo-
35 rrachos auténticos. Mahomet “el Cojo”, respetable comerciante ligado estrechamente a la cabila
36 de Anghera, cuyos hombres trabajaban en las fortificaciones, es asaltado por unos desconocidos.
37 Estos lo apalean tan cruelmente, que el hombre muere sin recobrar el sentido. Y, finalmente, co-
38 mo epílogo de la fiesta, nos llega un mensaje de la señorita Estela... ¡Y con qué novedad! Un in-
39 cendio ha destruido al bar. Por supuesto, toda la documentación que tenía que entregarnos ha
40 quedado reducida a cenizas.

41 El teniente Ferrain movió la cabeza.

42 –Evidentemente, hay motivos para fusilarla cuatro veces por la espalda.

43 El señor Demetriades se quitó una vírgula de tabaco de la lengua, y prosiguió:

44 –Yo no tengo carácter para acusar sin pruebas; pero tampoco me gusta que me la jueguen de
45 esa manera. Estela es una mujer habilísima. Naturalmente, ordené que la vigilaran, y ella lo supo-
46 ne.

47 –¿Por qué presume usted que ella se supone vigilada?

48 –Son los indicios invisibles. Se sabe condenada a muerte, y está buscando la forma de escaparse
49 de nuestras manos. Por supuesto, llevándose la documentación. Ahora bien; ella también sabe
50 que no puede escaparse. Por tierra, por aire o por agua, la seguiríamos y atraparíamos. Ella lo sa-
51 be. Pero he aquí de pronto una novedad: la señorita Estela descubre una forma sencillísima para
52 evadirse. He aquí el procedimiento: me escribe diciéndome que siente amenazada su vida, y de
53 paso solicita que un avión la busque para conducirla inmediatamente a Francia; pero nos avisa
54 (aquí está la trampa) que en Xauen la espera un agente de Mahomet “el Cojo” para entregarle una
55 importantísima información. ¿Qué deduce usted, teniente de ello?

56 –¿Intentará escaparse en Xauen?

57 El jefe del servicio se echó a reír.

58 –Usted es un ingenuo y ella una mentirosa. La información que ella tiene que recibir en Xauen
59 es un cuento chino. Vea, teniente.–El señor Demetriades se volvió hacia el mapa y señaló a Ceu-
60 ta.–Aquí está Ceuta.–Su dedo regordete bajó hacia el Sur.–Aquí, Xauen. Observe este detalle, te-
61 niente. A partir de Beni Hassan, usted se encuentra con un sistema montañoso de más de mil qui-
62 nientos metros de altura. Nidos de águilas y despeñaperros, como dicen nuestros amigos los es-
63 pañoles. Después de Beni Hassan, el único lugar donde puede aterrizar un avión es Xauen. Ahora
64 bien: el proyecto de esta mujer es tirarse del avión cuando el aparato cruce por la zona de las
65 grandes montañas. Como ella llevará paracaídas, tocará tierra cómodamente, y el avión se verá
66 obligado a seguir viaje hasta Xauen. Y la señorita Estela, a quien sus compinches esperarán en Dar
67 Acobba, Timila o Meharsa, nos dejará plantados con una cuarta de narices. Y nosotros habremos
68 costado la información para que otros la aprovechen. Muy bonito, ¿no?...

69 –El plan es audaz.

70 El señor Demetriades replicó:

71 –¡Qué va a ser audaz! Es simple, claro y lógico, como dos y dos son cuatro. Más lógico le resul-
72 tará cuando se entere de que la señorita Estela es paracaidista. Lo he sabido de una forma suma-
73 mente casual.

74 El teniente Ferrain volvió a encender su pipa.

75 –¿Qué es lo que tengo que hacer?

76 –Poco y nada. Usted irá a Ceuta en un avión de dos asientos. El aparato llevará los paracaídas
77 reglamentarios; pero el suyo estará oculto, y el destinado al asiento de ella, tendrá las cuerdas
78 quemadas con ácido; de manera que aunque ella lo revise no descubrirá nada particular. Cuando
79 se arroje del avión, las cuerdas quemadas no soportarán el peso de su cuerpo, y ella se romperá la
80 cabeza en las rocas. Entonces usted bajará donde esa mujer haya caído, y si no se ha muerto, le
81 descarga las balas de su pistola en la cabeza. Y después le saca todo lo que lleve encima.

82 –¿Con qué queman las cuerdas del paracaídas?

83 Con ácido nítrico diluido en agua. ¿Por qué?

84 –Nada. El avión se hará pedazos.

85 –Naturalmente. Ahora, véalo al coronel Desmoulin. Él le dará algunas instrucciones y la orden
86 para retirar el aparato. Tendrá que estar a las ocho de la mañana en Ceuta. Le deseo buena suerte.

87 El teniente Ferrain se levantó y estrechó la mano del jefe de servicio. Luego tomó su sombrero
88 y salió. Ambos ignoraban que no se verían nunca más.

89 El teniente Ferrain llegó a las ocho de la mañana al aeródromo de la Aeropostale, piloteando un
90 avión de dos asientos. Miró en derredor, y por el prado herboso vio venir a su encuentro una jo-
91 ven enlutada. La acompañaba el director del aeródromo. Ferrain detuvo los ojos en la señorita
92 Estela. La muchacha avanzaba ágilmente, y su continente era digno y reservado. Algunos ricitos de

93 oro escapaban por debajo de su toca. Tenía el aspecto de una doncella prudente que va a em-
94 prender un viaje de vacaciones a la casa de su tía.

95 El director del aeródromo hizo las presentaciones. Ferrain estrechó fríamente la mano enguan-
96 tada de la muchacha. Ella le miró a los ojos, y pensó: “Un hombre sin reacciones. Debe ser juga-
97 dor”.

98 Quizá la muchacha no se equivocaba; pero no era aquel el momento de pensar semejantes co-
99 sas de Ferrain. El aviador estaba profundamente disgustado al verse mezclado en aquel horrible
100 negocio. El mecánico se acercó al director, y éste se alejó. Estela, que miraba las plateadas alas del
101 avión reposando como un pez en la pradera verde, volvió sus ojos a Ferrain.

102 –¿Ha estado usted con el señor Demetriades?
103 –Sí.
104 –Supongo que estará enterado de todo.
105 –Me ha dicho que me ponga por completo a sus órdenes.
106 –Entonces iremos primero a Xauen, y luego tomaremos rumbo a Melilla.
107 –¿Sus documentos están en orden?
108 –Por completo... ¿Conoce usted Xauen?
109 –He estado dos veces.
110 –De Xauen podemos salir después de almorzar. Esta noche cenaremos juntos en París. ¿Con-
111 forme?
112 –¡Encantado!
113 –¿Cuándo salimos?
114 –Cuando usted diga.
115 –Me pondré el overol, entonces.—Ya ella se marchaba para la toilette del aeródromo con su
116 bolso de mano; pero bruscamente se volvió. Sonreía, un poco ruborizada, como si se avergonzara
117 de una posible actitud pueril. Dijo:—Teniente Ferrain, no se vaya a reír de mí ¿Tiene usted paracaí-
118 das?
119 Ferrain permaneció serio.
120 –Puede usar el mío, si quiere. Yo jamás he necesitado de ese chisme. —Es que soy supersticiosa.
121 Hoy he visto un funeral. Y la primera inicial del paño fúnebre era la letra “E”.
122 Ferrain la miró sorprendido:
123 –¡Es curioso! Yo me llamo Esteban. ¿Por quién sería el augurio? ...
124 La espía no sonrió. Un poco desconcertada, observó a Ferrain, y luego balbuceó:
125 –¡Es curioso!
126 Ferrain miró el cielo azul de la mañana recortándose sobre las montañas verdosas, y replicó:
127 –Tendremos un viaje serenísimo. No se preocupe.
128 Ella, con ágiles pasos, marchó a enfundarse en su overol.
129 Ferrain se dirigió a su aparato. A medida que transcurrirían los minutos, el disgusto por su mi-
130 sión aumentaba su volumen sombrío. ¿Cómo se había dejado atrapar por aquel Demetriades?
131 Algunos mástiles se alejaban del dique hacia Gibraltar. Ferrain pensó con envidia que en los puen-
132 tes irían pasajeros dichosos. Cierto es que esa noche cenaría en París. ¡Cuántos sacrificios costaba
133 un ascenso! De modo que esa hipócrita, con su aspecto de mosquita muerta, había hecho asesinar
134 a Desgteit y a Mahomet “el Cojo”? ¿Qué aventuras la habrían conducido al Servicio de Contraes-
135 pionaje? De haber estado en sus manos, borraría a Ceuta del mapa. Miró con rabia al mecánico,
136 que terminaba de llenar el tanque de nafta. Algunos pájaros saltaban en la hierba; más allá, los
137 portones de cine de un hangar se abrían lentamente. Y él, por esa mala pécora...
138 Sonriendo, con su bolso de mano, apareció la señorita Estela. Evidentemente, era elegante. Ella
139 lo envolvió en su aterciopelada mirada azul, que escapaba de sus pupilas abiertas como abanicos.
140 Ferrain apartó los ojos de ella. Acaba de representársela destrozada en un roquedal, las entrañas
141 derramándose entre los dientes rotos. La señorita Estela, cruzándose de brazos frente a él, dijo:

142 –¡Lista!

143 Ferrain se acercó penosamente al aparato. Ella caminaba a su lado alargando el paso y charlo-

144 teando como una colegiala maliciosa.

145 –¿Cómo está el señor Demetriades? ¿Siempre paternal y cínico? Supongo que le habrá conta-

146 do...

147 Ferrain la miró desafiante:

148 –¿Contado qué?

149 –Nuestras dificultades.

150 Ferrain cortó en seco:

151 –Usted perdone. El señor Demetriades me ordenó que la buscara a usted, y que eludiera toda

152 conversación confidencial respecto al servicio.

153 La respuesta de Ferrain fue oportuna y adecuada. Estela pensó: “Este imbécil teme que le es-

154 tropee la foja con algún chisme”, y acto seguido cambió de conversación y de tono:

155 –¿Cree usted que habrá elecciones en España?

156 Ferrain la soslayó:

157 –Posiblemente... Se habla de la chance del bloque popular. ¿Cree usted en esa ensalada?

158 Ferrain sonrió eficiente:

159 –El bloque es un disparate. Gil Robles gobernará a España. La CEDA es el único partido serio.

160 Electoralmente, el bloque popular está condenado al fracaso. Azaña es un literato.

161 Habían llegado al avión. Subió Ferrain, y el mecánico la ayudó a Estela. Ella recogió el paracaí-

162 das y se cruzó el correaje bajo las axilas.

163 Ferrain la miró, y aunque estaba muy lejos de tener deseos de sonreír, no pudo evitar que una

164 sonrisa extraña, dubitativa, le encrespase los labios. E insistió en su pregunta:

165 –Pero, ¿usted cree en ese chisme?

166 Luego, sin esperar que ella le contestara, apretó el botón del encendido. La hélice osciló como

167 un élitro de cristal, y el motor tableteó semejante a una ametralladora. La máquina se deslizó por

168 la pradera y brincó ligeramente dos veces. Luego quedó suspendida en la atmósfera, cuando Este-

169 la bajó la cabeza, las torres de la catedral estaban abajo. En los patios con palmeras se veían algu-

170 nos monjes que levantaban la cabeza.

171 Aparecieron los caminos asfaltados, el mar; a lo lejos, entre neblinas sonrosadas, el ceniciento

172 peñón de Gibraltar; la costa de España se recortaba adusta en el azul del Mediterráneo. Durante

173 pocos minutos el avión pareció seguir a lo largo de la mar; pero la costa desapareció y avanzaron

174 sobre crecientes bultos de montañas verdes. Por los caminos zigzagueantes avanzaban lentos ca-

175 miones. Grupos de campesinos moros eran ostensibles por sus vestiduras blancas. El avión ganó

176 altura, y la costra terrestre, más profunda y sombría, apareció desierta como en los primeros días

177 de la creación.

178 A pesar de que lucía el sol, el paisaje era siniestro y hostil, con la encrespadura de sus montes y

179 la oquedad verde botella de los valles.

180 Una congoja infinita entró en el corazón de Ferrain. Vio que Estela metía la mano en el bolso y

181 estuvo allí buscando algo. Finalmente, extrajo una petaca morisca, y le ofreció un cigarrillo. Ferrain

182 no aceptó. Ella fumaba y miraba las profundidades. Ferrain sentía que un infortunio inmenso se

183 aplastaba sobre su vida, descorazonándole para toda acción. Hubiera querido decirle algo a esa

184 mujer, escribírselo en la pizarra; pero una fuerza fatal dominaba su voluntad; tras él estaba el ser-

185 vicio, el destino así aceptado de servir en la absoluta disciplina, y el tiempo, como una brizna car-

186 gada de hielo de muerte, corría a través de sus pulmones ansiosos.

187 Más bultos de montañas se renovaban en el confín. Abajo, la tierra, como en los primeros días

188 de la creación, mostraba riachos salvajes, entre verticales y resquebrajaduras de bosques titánicos

189 y cordones de una primitiva geología.

190 Parecían estar situados en el centro de un inmenso globo de cristal, cuya costra verde se levanta
191 por momentos hacia sus rostros, como removida por un aliento monstruoso.

192 Estela miró su reloj pulsera. El corazón de Ferrain comenzó a golpear como el hacha de un leñador
193 en un pesado tronco. Avanzaban ahora hacia un valle que dilataba su pradera entre dos
194 cordones de cerros amarillentos. Allí abajo, casi al confín, se veía arder una hoguera. Estela tocó el
195 hombro de Ferrain, y le señaló la dirección opuesta a la hoguera. Muy lejos, a ras de tierra, se distinguían
196 los cubos blancos de un caserío. Era el poblado de Beni Hassan.

197 Ferrain volvió la cabeza, resignado. Adivinó el movimiento de Estela. Cuando quiso lanzar un grito,
198 ella saltaba al vacío. Tan apresuradamente, que sobre el asiento se le olvidó el bolso.

199 La mujer caía en el vacío semejante a una piedra. Verticalmente. El paracaídas no se abrió. Ferrain
200 hizo girar maquinalmente el aparato para ver caer a la mujer. Ella era un punto negro en el
201 vacío. El paracaídas no se abrió. Luego ya no la vio caer más. Estela se había aplastado en la tierra.

202 Ferrain, temblando, apagó el encendido del motor. Aterrizaría en aquella pradera. Involuntariamente,
203 su mirada se volvió hacia el bolso que Estela había olvidado sobre el asiento. Iba a extender la mano
204 hacia él, cuando de allí escapó una llamarada. La explosión de la bomba, oculta en el bolso, y que Estela
205 había dejado para asegurarse la retirada, desgarró el fuselaje del avión, y el
206 cuerpo de Ferrain voló despedazado por los aires.

La autopista del sur

JULIO CORTÁZAR (autor argentino, 1914–1984)

Gli automobilisti accaldati sembrano non avere storia... Come realtà, un ingorgo automobilistico impressiona ma non ci dice gran che.

*Arrigo Benedetti "L'Espresso",
Roma, 21/6/1964*

1 Al principio la muchacha del Dauphine había insistido en llevar la cuenta del tiempo, aunque al
2 ingeniero del Peugeot 404 le daba ya lo mismo. Cualquiera podía mirar su reloj pero era como si
3 ese tiempo atado a la muñeca derecha o el bip bip de la radio midieran otra cosa, fuera el tiempo
4 de los que no han hecho la estupidez de querer regresar a París por la autopista del sur un domín-
5 go de tarde y, apenas salidos de Fontainebleau, han tenido que ponerse al paso, detenerse, seis
6 filas a cada lado (ya se sabe que los domingos la autopista está íntegramente reservada a los que
7 regresan a la capital), poner en marcha el motor, avanzar tres metros, detenerse, charlar con las
8 dos monjas del 2HP a la derecha, con la muchacha del Dauphine a la izquierda, mirar por retrovi-
9 sor al hombre pálido que conduce un Caravelle, envidiar irónicamente la felicidad avícola del ma-
10 trimonio del Peugeot 203 (detrás del Dauphine de la muchacha) que juega con su niña y hace
11 bromas y come queso, o sufrir de a ratos los desbordes exasperados de los dos jovencitos del Sim-
12 ca que precede al Peugeot 404, y hasta bajarse en los altos y explorar sin alejarse mucho (porque
13 nunca se sabe en qué momento los autos de más adelante reanudarán la marcha y habrá que co-
14 rrer para que los de atrás no inicien la guerra de las bocinas y los insultos), y así llegar a la altura de
15 un Taunus delante del Dauphine de la muchacha que mira a cada momento la hora, y cambiar
16 unas frases descorazonadas o burlonas con los hombres que viajan con el niño rubio cuya inmensa
17 diversión en esas precisas circunstancias consiste en hacer correr libremente su autito de juguete
18 sobre los asientos y el reborde posterior del Taunus, o atreverse y avanzar todavía un poco más,
19 puesto que no parece que los autos de adelante vayan a reanudar la marcha, y contemplar con
20 alguna lástima al matrimonio de ancianos en el ID Citroën que parece una gigantesca bañera
21 violeta donde sobrenadan los dos viejitos, él descansando los antebrazos en el volante con un aire
22 de paciente fatiga, ella mordisqueando una manzana con más aplicación que ganas.

23 A la cuarta vez de encontrarse con todo eso, de hacer todo eso, el ingeniero había decidido no
24 salir más de su coche, a la espera de que la policía disolviese de alguna manera el embotellamien-
25 to. El calor de agosto se sumaba a ese tiempo a ras de neumáticos para que la inmovilidad fuese
26 cada vez más enervante. Todo era olor a gasolina, gritos destemplados de los jovencitos del Simca,
27 brillo del sol rebotando en los cristales y en los bordes cromados, y para colmo sensación contra-
28 dictoria del encierro en plena selva de máquinas pensadas para correr. El 404 del ingeniero ocupa
29 el segundo lugar de la pista de la derecha contando desde la franja divisoria de las dos pistas, con
30 lo cual tenía otros cuatro autos a su derecha y siete a su izquierda, aunque de hecho sólo pudiera
31 ver distintamente los ocho coches que lo rodeaban y sus ocupantes que ya había detallado hasta
32 cansarse. Había charlado con todos, salvo con los muchachos del Simca que caían antipáticos; en-
33 tre trecho y trecho se había discutido la situación en sus menores detalles, y la impresión general
34 era que hasta Corbeil–Essonnes se avanzaría al paso o poco menos, pero que entre Corbeil y Juvisy
35 el ritmo iría acelerándose una vez que los helicópteros y los motociclistas lograran quebrar lo peor
36 del embotellamiento. A nadie le cabía duda de que algún accidente muy grave debía haberse pro-
37 ducido en la zona, única explicación de una lentitud tan increíble. Y con eso el gobierno, el calor,
38 los impuestos, la vialidad, un tópico tras otro, tres metros, otro lugar común, cinco metros, una
39 frase sentenciosa o una maldición contenida.

40 A las dos monjitas del 2HP les hubiera convenido tanto llegar a Milly-la-Fôret antes de las
41 ocho, pues llevaban una cesta de hortalizas para la cocinera. Al matrimonio del Peugeot 203 le
42 importaba sobre todo no perder los juegos televisados de las nueve y media; la muchacha del
43 Dauphine le había dicho al ingeniero que le daba lo mismo llegar más tarde a París pero que se
44 quejaba por principio, porque le parecía un atropello someter a millares de personas a un régimen
45 de caravana de camellos. En esas últimas horas (debían ser casi las cinco pero el calor los hostiga-
46 ba insoportablemente) habían avanzado unos cincuenta metros a juicio del ingeniero, aunque uno
47 de los hombres del Taunus que se había acercado a charlar llevando de la mano al niño con su
48 autito, mostró irónicamente la copa de un plátano solitario y la muchacha del Dauphine recordó
49 que ese plátano (si no era un castaño) había estado en la misma línea que su auto durante tanto
50 tiempo que ya ni valía la pena mirar el reloj pulsera para perderse en cálculos inútiles.

51 No atardecía nunca, la vibración del sol sobre la pista y las carrocerías dilatava el vértigo hasta
52 la náusea. Los anteojos negros, los pañuelos con agua de colonia en la cabeza, los recursos impro-
53 visados para protegerse, para evitar un reflejo chirriante o las bocanadas de los caños de escape a
54 cada avance, se organizaban y perfeccionaban, eran objeto de comunicación y comentario. El in-
55 geniero bajó otra vez para estirar las piernas, cambió unas palabras con la pareja de aire campesi-
56 no del Ariane que precedía al 2HP de las monjas. Detrás del 2HP había un Volkswagen con un sol-
57 dado y una muchacha que parecían recién casados. La tercera fila hacia el exterior dejaba de inte-
58 resarle porque hubiera tenido que alejarse peligrosamente del 404; veía colores, formas, Merce-
59 des Benz, ID, 4R, Lancia, Skoda, Morris Minor, el catálogo completo. A la izquierda, sobre la pista
60 opuesta, se tendía otra maleza inalcanzable de Renault, Anglia, Peugeot, Porsche, Volvo; era tan
61 monótono que al final, después de charlar con los dos hombres del Taunus y de intentar sin éxito
62 un cambio de impresiones con el solitario conductor del Caravelle, no quedaba nada mejor que
63 volver al 404 y reanudar la misma conversación sobre la hora, las distancias y el cine con la mu-
64 chacha del Dauphine.

65 A veces llegaba un extranjero, alguien que se deslizaba entre los autos viniendo desde el otro
66 lado de la pista o desde la filas exteriores de la derecha, y que traía alguna noticia probablemente
67 falsa repetida de auto en auto a lo largo de calientes kilómetros. El extranjero saboreaba el éxito
68 de sus novedades, los golpes de las portezuelas cuando los pasajeros se precipitaban para comen-
69 tar lo sucedido, pero al cabo de un rato se oía alguna bocina o el arranque de un motor, y el ex-
70 tranjero salía corriendo, se lo veía zigzaguear entre los autos para reintegrarse al suyo y no quedar
71 expuesto a la justa cólera de los demás. A lo largo de la tarde se había sabido así del choque de un
72 Floride contra un 2HP cerca de Corbeil, tres muertos y un niño herido, el doble choque de un Fiat
73 1500 contra un furgón Renault que había aplastado un Austin lleno de turistas ingleses, el vuelco
74 de un autocar de Orly colmado de pasajeros procedentes del avión de Copenhague. El ingeniero
75 estaba seguro de que todo o casi todo era falso, aunque algo grave debía haber ocurrido cerca de
76 Corbeil e incluso en las proximidades de París para que la circulación se hubiera paralizado hasta
77 ese punto. Los campesinos del Ariane, que tenían una granja del lado de Montereau y conocían
78 bien la región, contaban con otro domingo en que el tránsito había estado detenido durante cinco
79 horas, pero ese tiempo empezaba a parecer casi nimio ahora que el sol, acostándose hacia la iz-
80 quierda de la ruta, volcaba en cada auto una última avalancha de jalea anaranjada que hacía hervir
81 los metales y ofuscaba la vista, sin que jamás una copa de árbol desapareciera del todo a la espal-
82 da, sin que otra sombra apenas entrevista a la distancia se acercara como para poder sentir de
83 verdad que la columna se estaba moviendo aunque fuera apenas, aunque hubiera que detenerse y
84 arrancar y bruscamente clavar el freno y no salir nunca de la primera velocidad, del desencanto
85 insultante de pasar una vez más de la primera al punto muerto, freno de pie, freno de mano, stop,
86 y así otra vez y otra vez y otra.

87 En algún momento, harto de inacción, el ingeniero se había decidido a aprovechar un alto espe-
88 cialmente interminable para recorrer las filas de la izquierda, y dejando a su espalda el Dauphine

89 había encontrado un DKW, otro 2HP, un Fiat 600, y se había detenido junto a un De Soto para
90 cambiar impresiones con el azorado turista de Washington que no entendía casi el francés pero
91 que tenía que estar a las ocho en la Place de l'Opéra sin falta you understand, my wife will be aw-
92 fully anxious, damn it, y se hablaba un poco de todo cuando un hombre con aire de viajante de
93 comercio salió del DKW para contarles que alguien había llegado un rato antes con la noticia de
94 que un Piper Club se había estrellado en plena autopista, varios muertos. Al americano el Piper
95 Club lo tenía profundamente sin cuidado, y también al ingeniero que oyó un coro de bocinas y se
96 apresuró a regresar al 404, transmitiendo de paso las novedades a los dos hombres del Taunus y al
97 matrimonio del 203. Reservó una explicación más detallada para la muchacha del Dauphine mien-
98 tras los coches avanzaban lentamente unos pocos metros (ahora el Dauphine estaba ligeramente
99 retrasado con relación al 404, y más tarde sería al revés, pero de hecho las doce filas se movían
100 prácticamente en bloque, como si un gendarme invisible en el fondo de la autopista ordenara el
101 avance simultáneo sin que nadie pudiese obtener ventajas). Piper Club, señorita, es un pequeño
102 avión de paseo. Ah. Y la mala idea de estrellarse en plena autopista un domingo de tarde. Esas
103 cosas. Si por lo menos hiciera menos calor en los condenados autos, si esos árboles de la derecha
104 quedaran por fin a la espalda, si la última cifra del cuentakilómetros acabara de caer en su agujeri-
105 to negro en vez de seguir suspendida por la cola, interminablemente.

106 En algún momento (suavemente empezaba a anochecer, el horizonte de techos de automóviles
107 se teñía de lila) una gran mariposa blanca se posó en el parabrisas del Dauphine, y la muchacha y
108 el ingeniero admiraron sus alas en la breve y perfecta suspensión de su reposo; la vieron alejarse
109 con una exasperada nostalgia, sobrevolar el Taunus, el ID violeta de los ancianos, ir hacia el Fiat
110 600 ya invisible desde el 404, regresar hacia el Simca donde una mano cazadora trató inútilmente
111 de atraparla, aletear amablemente sobre el Ariane de los campesinos que parecían estar comien-
112 do alguna cosa, y perderse después hacia la derecha. Al anochecer la columna hizo un primer
113 avance importante, de casi cuarenta metros; cuando el ingeniero miró distraídamente el cuenta-
114 kilómetros, la mitad del 6 había desaparecido y un asomo del 7 empezaba a descolgarse de lo alto.
115 Casi todo el mundo escuchaba sus radios, los del Simca la habían puesto a todo trapo y coreaban
116 un twist con sacudidas que hacían vibrar la carrocería; las monjas pasaban las cuentas de sus rosa-
117 rios, el niño del Taunus se había dormido con la cara pegada a un cristal, sin soltar el auto de ju-
118 guete. En algún momento (ya era noche cerrada) llegaron extranjeros con más noticias, tan con-
119 tradictorias como las otras ya olvidadas, No había sido un Piper Club sino un planeador piloteado
120 por la hija de un general. Era exacto que un furgón Renault había aplastado un Austin, pero no en
121 Juvisy sino casi en las puertas de París; uno de los extranjeros explicó al matrimonio del 203 que el
122 macadam de la autopista había cedido a la altura de Igny y que cinco autos habían volcado al me-
123 ter las ruedas delanteras en la grieta. La idea de una catástrofe natural se propagó hasta el inge-
124 niero, que se encogió de hombros sin hacer comentarios. Más tarde, pensando en esas primeras
125 horas de oscuridad en que habían respirado un poco más libremente, recordó que en algún mo-
126 mento había sacado el brazo por la ventanilla para tamborilear en la carrocería del Dauphine y
127 despertar a la muchacha que se había dormido reclinada sobre el volante, sin preocuparse de un
128 nuevo avance. Quizá ya era medianoche cuando una de las monjas le ofreció tímidamente un
129 sándwich de jamón, suponiendo que tendría hambre. El ingeniero lo aceptó por cortesía (en reali-
130 dad sentía náuseas) y pidió permiso para dividirlo con la muchacha del Dauphine, que aceptó y
131 comió golosamente el sándwich y la tableta de chocolate que le había pasado el viajante del DKW,
132 su vecino de la izquierda. Mucha gente había salido de los autos recalentados, porque otra vez
133 llevaban horas sin avanzar; se empezaba a sentir sed, ya agotadas las botellas de limonada, la co-
134 ca-cola y hasta los vinos de a bordo. La primera en quejarse fue la niña del 203, y el soldado y el
135 ingeniero abandonaron los autos junto con el padre de la niña para buscar agua. Delante del Sim-
136 ca, donde la radio parecía suficiente alimento, el ingeniero encontró un Beaulieu ocupado por una
137 mujer madura de ojos inquietos. No, no tenía agua pero podía darle unos caramelos para la niña.

138 El matrimonio del ID se consultó un momento antes de que la anciana metiera las manos en un
139 bolso y sacara una pequeña lata de jugo de frutas. El ingeniero agradeció y quiso saber si tenían
140 hambre y si podía serles útil; el viejo movió negativamente la cabeza, pero la mujer pareció asentir
141 sin palabras. Más tarde la muchacha del Dauphine y el ingeniero exploraron juntos las filas de la
142 izquierda, sin alejarse demasiado; volvieron con algunos bizcochos y los llevaron a la anciana del
143 ID, con el tiempo justo para regresar corriendo a sus autos bajo una lluvia de bocinas.

144 Aparte de esas mínimas salidas, era tan poco lo que podía hacerse que las horas acababan por
145 superponerse, por ser siempre la misma en el recuerdo; en algún momento el ingeniero pensó en
146 tachar ese día en su agenda y contuvo una risotada, pero más adelante, cuando empezaron los
147 cálculos contradictorios de las monjas, los hombres del Taunus y la muchacha del Dauphine, se vio
148 que hubiera convenido llevar mejor la cuenta. Los diarios locales habían suspendido las emisiones,
149 y sólo el viajante del DKW tenía un aparato de ondas cortas que se empeñaba en transmitir noti-
150 cias bursátiles. Hacia las tres de la madrugada pareció llegarse a un acuerdo tácito para descansar,
151 y hasta el amanecer la columna no se movió. Los muchachos del Simca sacaron unas camas
152 neumáticas y se tendieron al lado del auto; el ingeniero bajó el respaldo de los asientos delanteros
153 del 404 y ofreció las cuchetas a las monjas, que rehusaron; antes de acostarse un rato, el ingeniero
154 pensó en la muchacha del Dauphine, muy quieta contra el volante, y como sin darle importancia le
155 propuso que cambiaran de autos hasta el amanecer; ella se negó, alegando que podía dormir muy
156 bien de cualquier manera. Durante un rato se oyó llorar al niño del Taunus, acostado en el asiento
157 trasero donde debía tener demasiado calor. Las monjas rezaban todavía cuando el ingeniero se
158 dejó caer en la cucheta y se fue quedando dormido, pero su sueño seguía demasiado cerca de la
159 vigilia y acabó por despertarse sudoroso e inquieto, sin comprender en un primer momento dónde
160 estaba; enderezándose, empezó a percibir los confusos movimientos del exterior, un deslizarse de
161 sombras entre los autos, y vio un bulto que se alejaba hacia el borde de la autopista; adivinó las
162 razones, y más tarde también él salió del auto sin hacer ruido y fue a aliviarse al borde de la ruta;
163 no había setos ni árboles, solamente el campo negro y sin estrellas, algo que parecía un muro abs-
164 tracto limitando la cinta blanca del macadam con su río inmóvil de vehículos, Casi tropezó con el
165 campesino del Ariane, que balbuceó una frase ininteligible; al olor de la gasolina, persistente en la
166 autopista recalentada, se sumaba ahora la presencia más ácida del hombre, y el ingeniero volvió lo
167 antes posible a su auto. La chica del Dauphine dormía apoyada sobre el volante, un mechón de
168 pelo contra los ojos; antes de subir al 404, el ingeniero se divirtió explorando en la sombra su per-
169 fil, adivinando la curva de los labios que soplaban suavemente. Del otro lado, el hombre del DKW
170 miraba también dormir a la muchacha, fumando en silencio.

171 Por la mañana se avanzó muy poco pero lo bastante como para darles la esperanza de que esa
172 tarde se abriría la ruta hacia París. A las nueve llegó un extranjero con buenas noticias: habían re-
173 llenado las grietas y pronto se podría circular normalmente. Los muchachos del Simca encendieron
174 la radio y uno de ellos trepó al techo del auto y gritó y cantó. El ingeniero se dijo que la noticia era
175 tan dudosa como las de la víspera, y que el extranjero había aprovechado la alegría del grupo para
176 pedir y obtener una naranja que le dio el matrimonio del Ariane. Más tarde llegó otro extranjero
177 con la misma treta, pero nadie quiso darle nada. El calor empezaba a subir y la gente prefería que-
178 darse en los autos a la espera de que se concretaran las buenas noticias. A mediodía la niña del
179 203 empezó a llorar otra vez, y la muchacha del Dauphine fue a jugar con ella y se hizo amiga del
180 matrimonio. Los del 203 no tenían suerte; a su derecha estaba el hombre silencioso del Caravelle,
181 ajeno a todo lo que ocurría en torno, y a su izquierda tenían que aguantar la verbosa indignación
182 del conductor de un Floride, para quien el embotellamiento era una afrenta exclusivamente per-
183 sonal. Cuando la niña volvió a quejarse de sed, al ingeniero se le ocurrió ir a hablar con los campe-
184 sinos del Ariane, seguro de que en ese auto había cantidad de provisiones. Para su sorpresa los
185 campesinos se mostraron muy amables; comprendían que en una situación semejante era necesari-
186 o ayudarse, y pensaban que si alguien se encargaba de dirigir el grupo (la mujer hacía un gesto

187 circular con la mano, abarcando la docena de autos que los rodeaba) no se pasarían apreturas has-
188 ta llegar a Paría. Al ingeniero lo molestaba la idea de erigirse en organizador, y prefirió llamar a los
189 hombres del Taunus para conferenciar con ellos y con el matrimonio del Ariane. Un rato después
190 consultaron sucesivamente a todos los del grupo. El joven soldado del Volkswagen estuvo inme-
191 diatamente de acuerdo, y el matrimonio del 203 ofreció las pocas provisiones que les quedaban (la
192 muchacha del Dauphine había conseguido un vaso de granadina con agua para la niña, que reía y
193 jugaba). Uno de los hombres del Taunus, que había ido a consultar a los muchachos del Simca,
194 obtuvo un asentimiento burlón; el hombre pálido del Caravelle se encogió de hombros y dijo que
195 le daba lo mismo, que hicieran lo que les pareciese mejor. Los ancianos del ID y la señora del Beau-
196 lieu se mostraron visiblemente contentos, como si se sintieran más protegidos. Los pilotos del Flo-
197 ride y del DKW no hicieron observaciones, y el americano del De Soto los miró asombrado y dijo
198 algo sobre la voluntad de Dios. Al ingeniero le resultó fácil proponer que uno de los ocupantes del
199 Taunus, en que tenía una confianza instintiva, se encargará de coordinar las actividades. A nadie le
200 faltaría de comer por el momento, pero era necesario conseguir agua; el jefe, al que los mucha-
201 chos del Simca llamaban Taunus a secas para divertirse, pidió al ingeniero, al soldado y a uno de
202 los muchachos que exploraran la zona circundante de la autopista y ofrecieran alimentos a cambio
203 de bebidas. Taunus, que evidentemente sabía mandar, había calculado que deberían cubrirse las
204 necesidades de un día y medio como máximo, poniéndose en la posición menos optimista. En el
205 2HP de las monjas y en el Ariane de los campesinos había provisiones suficientes para ese tiempo,
206 y si los exploradores volvían con agua el problema quedaría resuelto. Pero solamente el soldado
207 regresó con una cantimplora llena, cuyo dueño exigía en cambio comida para dos personas. El in-
208 geniero no encontró a nadie que pudiera ofrecer agua, pero el viaje le sirvió para advertir que más
209 allá de su grupo se estaban constituyendo otras células con problemas semejantes; en un momen-
210 to dado el ocupante de un Alfa Romeo se negó a hablar con él del asunto, y le dijo que se dirigiera
211 al representante de su grupo, cinco autos atrás en la misma fila. Más tarde vieron volver al mu-
212 chacho del Simca que no había podido conseguir agua, pero Taunus calculó que ya tenían bastante
213 para los dos niños, la anciana del ID y el resto de las mujeres. El ingeniero le estaba contando a la
214 muchacha del Dauphine su circuito por la periferia (era la una de la tarde, y el sol los acorralaba en
215 los autos) cuando ella lo interrumpió con un gesto y le señaló el Simca. En dos saltos el ingeniero
216 llegó hasta el auto y sujetó por el codo a uno de los muchachos, que se repantigaba en su asiento
217 para beber a grandes tragos de la cantimplora que había traído escondida en la chaqueta. A su
218 gesto iracundo, el ingeniero respondió aumentando la presión en el brazo; el otro muchacho bajó
219 del auto y se tiró sobre el ingeniero, que dio dos pasos atrás y lo esperó casi con lástima. El solda-
220 do ya venía corriendo, y los gritos de las monjas alertaron a Taunus y a su compañero; Taunus es-
221 cuchó lo sucedido, se acercó al muchacho de la botella y le dio un par de bofetadas. El muchacho
222 gritó y protestó, lloriqueando, mientras el otro rezongaba sin atreverse a intervenir. El ingeniero le
223 quitó la botella y se la alcanzó a Taunus. Empezaban a sonar bocinas y cada cual regresó a su auto,
224 por lo demás inútilmente puesto que la columna avanzó apenas cinco metros.

225 A la hora de la siesta, bajo un sol todavía más duro que la víspera, una de las monjas se quitó la
226 toca y su compañera le mojó las sienes con agua de colonia. Las mujeres improvisaban de a poco
227 sus actividades samaritanas, yendo de un auto a otro, ocupándose de los niños para que los hom-
228 bres estuvieran más libres: nadie se quejaba pero el buen humor era forzado, se basaba siempre
229 en los mismos juegos de palabras, en un escepticismo de buen tono. Para el ingeniero y la mucha-
230 cha del Dauphine, sentirse sudorosos y sucios era la vejación más grande; lo enternecía casi la ro-
231 tunda indiferencia del matrimonio de campesinos al olor que les brotaba de las axilas cada vez que
232 venían a charlar con ellos o a repetir alguna noticia de último momento. Hacia el atardecer el in-
233 geniero miró casualmente por el retrovisor y encontró como siempre la cara pálida y de rasgos
234 tensos del hombre del Caravelle, que al igual que el gordo piloto del Floride se había mantenido
235 ajeno a todas las actividades. Le pareció que sus facciones se habían afilado todavía más, y se pre-

236 guntó si no estaría enfermo. Pero después, cuando al ir a charlar con el soldado y su mujer tuvo
237 ocasión de mirarlo desde más cerca, se dijo que ese hombre no estaba enfermo; era otra cosa,
238 una separación, por darle algún nombre. El soldado del Volkswagen le contó más tarde que a su
239 mujer le daba miedo ese hombre silencioso que no se apartaba jamás del volante y que parecía
240 dormir despierto. Nacían hipótesis, se creaba un folklore para luchar contra la inacción. Los niños
241 del Taunus y el 203 se habían hecho amigos y se habían peleado y luego se habían reconciliado;
242 sus padres se visitaban, y la muchacha del Dauphine iba cada tanto a ver cómo se sentían la anciana
243 del ID y la señora del Beaulieu. Cuando al atardecer soplaron bruscamente una ráfagas tormento-
244 sas y el sol se perdió entre las nubes que se alzaban al oeste, la gente se alegró pensando que
245 iba a refrescar. Cayeron algunas gotas, coincidiendo con un avance extraordinario de casi cien me-
246 tros; a lo lejos brilló un relámpago y el calor subió todavía más. Había tanta electricidad en la
247 atmósfera que Taunus, con un instinto que el ingeniero admiró sin comentarios, dejó al grupo en
248 paz hasta la noche, como si temiera los efectos del cansancio y el calor. A las ocho las mujeres se
249 encargaron de distribuir las provisiones; se había decidido que el Ariane de los campesinos sería el
250 almacén general, y que el 2HP de las monjas serviría de depósito suplementario. Taunus había ido
251 en persona a hablar con los jefes de los cuatro o cinco grupos vecinos; después, con ayuda del sol-
252 dado y el hombre del 203, llevó una cantidad de alimentos a los grupos, regresando con más agua
253 y un poco de vino. Se decidió que los muchachos del Simca cederían sus colchones neumáticos a la
254 anciana del ID y a la señora del Beaulieu; la muchacha del Dauphine les llevó dos mantas escocesas
255 y el ingeniero ofreció su coche, que llamaba burlescamente el wagon-lit, a quienes lo necesitaran.
256 Para su sorpresa, la muchacha del Dauphine aceptó el ofrecimiento y esa noche compartió las cu-
257 chetas del 404 con una de las monjas; la otra fue a dormir al 203 junto a la niña y su madre, mien-
258 tras el marido pasaba la noche sobre el macadam, envuelto en una frazada. El ingeniero no tenía
259 sueño y jugó a los dados con Taunus y su amigo; en algún momento se les agregó el campesino del
260 Ariane y hablaron de política bebiendo unos tragos del aguardiente que el campesino había entre-
261 gado a Taunus esa mañana. La noche no fue mala; había refrescado y brillaban algunas estrellas
262 entre las nubes.

263 Hacia el amanecer los ganó el sueño, esa necesidad de estar a cubierto que nacía con la grisalla
264 del alba. Mientras Taunus dormía junto al niño en el asiento trasero, su amigo y el ingeniero des-
265 cansaron un rato en la delantera. Entre dos imágenes de sueño, el ingeniero creyó oír gritos a la
266 distancia y vio un resplandor indistinto; el jefe de otro grupo vino a decirles que treinta autos más
267 adelante había habido un principio de incendio en un Estafette, provocado por alguien que había
268 querido hervir clandestinamente unas legumbres. Taunus bromeó sobre lo sucedido mientras iba
269 de auto en auto para ver cómo habían pasado todos la noche, pero a nadie se le escapó lo que
270 quería decir. Esa mañana la columna empezó a moverse muy temprano y hubo que correr y agi-
271 tarse para recuperar los colchones y las mantas, pero como en todas partes debía estar sucedien-
272 do lo mismo nadie se impacientaba ni hacía sonar las bocinas. A mediodía habían avanzado más
273 de cincuenta metros, y empezaba a divisarse la sombra de un bosque a la derecha de la ruta. Se
274 envidiaba la suerte de los que en ese momento podían ir hasta la banquina y aprovechar la frescu-
275 ra de la sombra; quizá había un arroyo, o un grifo de agua potable. La muchacha del Dauphine
276 cerró los ojos y pensó en una ducha cayéndole por el cuello y la espalda, corriéndole por las pier-
277 nas; el ingeniero, que la miraba de reojo, vio dos lágrimas que le resbalaban por las mejillas.

278 Taunus, que acababa de adelantarse hasta el ID, vino a buscar a las mujeres más jóvenes para
279 que atendieran a la anciana que no se sentía bien. El jefe del tercer grupo a retaguardia contaba
280 con un médico entre sus hombres, y el soldado corrió a buscarlo. Al ingeniero, que había seguido
281 con irónica benevolencia los esfuerzos de los muchachitos del Simca para hacerse perdonar su
282 travesura, entendió que era el momento de darles su oportunidad. Con los elementos de una
283 tienda de campaña los muchachos cubrieron la ventanilla del 404, y el wagon-lit se transformó en
284 ambulancia para que la anciana descansara en una oscuridad relativa. Su marido se tendió a su

285 lado, teniéndole la mano, y los dejaron solos con el médico. Después las monjas se ocuparon de la
286 anciana, que se sentía mejor, y el ingeniero pasó la tarde como pudo, visitando otros autos y des-
287 cansando en el de Taunus cuando el sol castigaba demasiado; sólo tres veces le tocó correr hasta
288 su auto, donde los viejitos parecían dormir, para hacerlo avanzar junto con la columna hasta el
289 alto siguiente. Los ganó la noche sin que hubiesen llegado a la altura del bosque.

290 Hacia las dos de la madrugada bajó la temperatura, y los que tenían mantas se alegraron de
291 poder envolverse en ellas. Como la columna no se movería hasta el alba (era algo que se sentía en
292 el aire, que venía desde el horizonte de autos inmóviles en la noche) el ingeniero y Taunus se sen-
293 taron a fumar y a charlar con el campesino del Ariane y el soldado. Los cálculos de Taunus no co-
294 rrespondían ya a la realidad, y lo dijo francamente; por la mañana habría que hacer algo para con-
295 seguir más provisiones y bebidas. El soldado fue a buscar a los jefes de los grupos vecinos, que
296 tampoco dormían, y se discutió el problema en voz baja para no despertar a las mujeres. Los jefes
297 habían hablado con los responsables de los grupos más alejados, en un radio de ochenta o cien
298 automóviles, y tenían la seguridad de que la situación era análoga en todas partes. El campesino
299 conocía bien la región y propuso que dos o tres hombres de cada grupo saliera al alba para com-
300 prar provisiones en las granjas cercanas, mientras Taunus se ocupaba de designar pilotos para los
301 autos que quedaran sin dueño durante la expedición. La idea era buena y no resultó difícil reunir
302 dinero entre los asistentes; se decidió que el campesino, el soldado y el amigo de Taunus irían jun-
303 tos y llevarían todas las bolsas, redes y cantimploras disponibles. Los jefes de los otros grupos vol-
304 vieron a sus unidades para organizar expediciones similares, y al amanecer se explicó la situación a
305 las mujeres y se hizo lo necesario para que la columna pudiera seguir avanzando. La muchacha del
306 Dauphine le dijo al ingeniero que la anciana ya estaba mejor y que insistía en volver a su ID; a las
307 ocho llegó el médico, que no vio inconvenientes en que el matrimonio regresara a su auto. De to-
308 dos modos, Taunus decidió que el 404 quedaría habilitado permanentemente como ambulancia;
309 los muchachos, para divertirse, fabricaron un banderín con una cruz roja y lo fijaron en la antena
310 del auto. Hacía ya rato que la gente prefería salir lo menos posible de sus coches; la temperatura
311 seguía bajando y a mediodía empezaron los chaparrones y se vieron relámpagos a la distancia. La
312 mujer del campesino se apresuró a recoger agua con un embudo y una jarra de plástico, para es-
313 pecial regocijo de los muchachos del Simca. Mirando todo eso, inclinado sobre el volante donde
314 había un libro abierto que no le interesaba demasiado, el ingeniero se preguntó por qué los expe-
315 dicionarios tardaban tanto en regresar; más tarde Taunus lo llamó discretamente a su auto y
316 cuando estuvieron dentro le dijo que habían fracasado. El amigo de Taunus dio detalles: las gran-
317 jas estaban abandonadas o la gente se negaba a venderles nada, aduciendo las reglamentaciones
318 sobre ventas a particulares y sospechando que podían ser inspectores que se valían de las circuns-
319 tancias para ponerlos a prueba. A pesar de todo habían podido traer una pequeña cantidad de
320 agua y algunas provisiones, quizá robadas por el soldado que sonreía sin entrar en detalles. Desde
321 luego ya no se podía pasar mucho tiempo sin que cesara el embotellamiento, pero los alimentos
322 de que se disponía no eran los más adecuados para los dos niños y la anciana. El médico, que vino
323 hacia las cuatro y media para ver a la enferma, hizo un gesto de exasperación y cansancio y dijo a
324 Taunus que en su grupo y en todos los grupos vecinos pasaba lo mismo. Por la radio se había
325 hablado de una operación de emergencia para despejar la autopista, pero aparte de un helicópte-
326 ro que apareció brevemente al anochecer no se vieron otros aprestos. De todas maneras hacía
327 cada vez menos calor, y la gente parecía esperar la llegada de la noche para taparse con las man-
328 tas y abolir en el sueño algunas horas más de espera. Desde su auto el ingeniero escuchaba la
329 charla de la muchacha del Dauphine con el viajante del DKW, que le contaba cuentos y la hacía reír
330 sin ganas. Lo sorprendió ver a la señora del Beaulieu que casi nunca abandonaba su auto, y bajó
331 para saber si necesitaba alguna cosa, pero la señora buscaba solamente las últimas noticias y se
332 puso a hablar con las monjas. Un hastío sin nombre pesaba sobre ellos al anochecer; se esperaba
333 más del sueño que de las noticias siempre contradictorias o desmentidas. El amigo de Taunus llegó

334 discretamente a buscar al ingeniero, al soldado y al hombre del 203. Taunus les anunció que el
335 tripulante del Floride acababa de desertar; uno de los muchachos del Simca había visto el coche
336 vacío, y después de un rato se había puesto a buscar a su dueño para matar el tedio. Nadie conoc-
337 ía mucho al hombre gordo del Floride, que tanto había protestado el primer día aunque después
338 acabara de quedarse tan callado como el piloto del Caravelle.. Cuando a las cinco de la mañana no
339 quedó la menor duda de que Floride, como se divertían en llamarlo los chicos del Simca, había
340 desertado llevándose un valija de mano y abandonando otra llena de camisas y ropa interior, Tau-
341 nus decidió que uno de los muchachos se haría cargo del auto abandonado para no inmovilizar la
342 columna. A todos los había fastidiado vagamente esa deserción en la oscuridad, y se preguntaban
343 hasta dónde habría podido llegar Floride en su fuga a través de los campos. Por lo demás parecía
344 ser la noche de las grandes decisiones: tendido en su cucheta del 404, al ingeniero le pareció oír
345 un quejido, pero pensó que el soldado y su mujer serían responsables de algo que, después de
346 todo, resultaba comprensible en plena noche y en esas circunstancias. Después lo pensó mejor y
347 levantó la lona que cubría la ventanilla trasera; a la luz de unas pocas estrellas vio a un metro y
348 medio el eterno parabrisas del Caravelle y detrás, como pegada al vidrio y un poco ladeada, la cara
349 convulsa del hombre. Sin hacer ruido salió por el lado izquierdo para no despertar a la monjas, y se
350 acercó al Caravelle. Después buscó a Taunus, y el soldado corrió a prevenir al médico. Desde luego
351 el hombre se había suicidado tomando algún veneno; las líneas a lápiz en la agenda bastaban, y la
352 carta dirigida a una tal Ivette, alguien que lo había abandonado en Vierzon. Por suerte la costum-
353 bre de dormir en los autos estaba bien establecida (las noches eran ya tan frías que a nadie se le
354 hubiera ocurrido quedarse fuera) y a pocos les preocupaba que otros anduvieran entre los coches
355 y se deslizaran hacia los bordes de la autopista para aliviarse. Taunus llamó a un consejo de gue-
356 rra, y el médico estuvo de acuerdo con su propuesta. Dejar el cadáver al borde de la autopista sig-
357 nificaba someter a los que venían más atrás a una sorpresa por lo menos penosa: llevarlo más le-
358 jos, en pleno campo, podía provocar la violenta repulsa de los lugareños, que la noche anterior
359 habían amenazado y golpeado a un muchacho de otro grupo que buscaba de comer. El campesino
360 del Ariane y el viajante del DKW tenían lo necesario para cerrar herméticamente el portaequipaje
361 del Caravelle. Cuando empezaban su trabajo se les agregó la muchacha del Dauphine, que se colgó
362 temblando del brazo del ingeniero. Él le explicó en voz baja lo que acababa de ocurrir y la devolvió
363 a su auto, ya más tranquila. Taunus y sus hombres habían metido el cuerpo en el portaequipajes, y
364 el viajante trabajó con scotch tape y tubos de cola líquida a la luz de la linterna del soldado. Como
365 la mujer del 203 sabía conducir, Taunus resolvió que su marido se haría cargo del Caravelle que
366 quedaba a la derecha del 203; así, por la mañana, la niña del 203 descubrió que su papá tenía otro
367 auto, y jugó horas y horas a pasar de uno a otro y a instalar parte de sus juguetes en el Caravelle.

368 Por primera vez el frío se hacía sentir en pleno día, y nadie pensaba en quitarse las chaquetas.
369 La muchacha del Dauphine y las monjas hicieron el inventario de los abrigos disponibles en el gru-
370 po. Había unos pocos pulóveres que aparecían por casualidad en los autos o en alguna valija, man-
371 tas, alguna gabardina o abrigo ligero. Otra vez volvía a faltar el agua, y Taunus envió a tres de sus
372 hombres, entre ellos el ingeniero, para que trataran de establecer contacto con los lugareños. Sin
373 que pudiera saberse por qué, la resistencia exterior era total; bastaba salir del límite de la autopis-
374 ta para que desde cualquier sitio llovieran piedras. En plena noche alguien tiró una guadaña que
375 golpeó el techo del DKW y cayó al lado del Dauphine. El viajante se puso muy pálido y no se movió
376 de su auto, pero el americano del De Soto (que no formaba parte del grupo de Taunus pero que
377 todos apreciaban por su buen humor y sus risotadas) vino a la carrera y después de revolear la
378 guadaña la devolvió campo afuera con todas sus fuerzas, maldiciendo a gritos. Sin embargo, Tau-
379 nus no creía que conviniera ahondar la hostilidad; quizás fuese todavía posible hacer una salida en
380 busca de agua.

381 Ya nadie llevaba la cuenta de lo que se había avanzado ese día o esos días; la muchacha del
382 Dauphine creía que entre ochenta y doscientos metros; el ingeniero era menos optimista pero se

383 divertía en prolongar y complicar los cálculos con su vecina, interesado de a ratos en quitarle la
384 compañía del viajante del DKW que le hacía la corte a su manera profesional. Esa misma tarde el
385 muchacho encargado del Floride corrió a avisar a Taunus que un Ford Mercury ofrecía agua a buen
386 precio. Taunus se negó, pero al anochecer una de las monjas le pidió al ingeniero un sorbo de agua
387 para la anciana del ID que sufría sin quejarse, siempre tomada de la mano de su marido y atendida
388 alternativamente por las monjas y la muchacha del Dauphine. Quedaba medio litro de agua, y las
389 mujeres lo destinaron a la anciana y a la señora del Beaulieu. Esa misma noche Taunus pagó de su
390 bolsillo dos litros de agua; el Ford Mercury prometió conseguir más para el día siguiente, al doble
391 del precio. Era difícil reunirse para discutir, porque hacía tanto frío que nadie abandonaba los au-
392 tos como no fuera por un motivo imperioso. Las baterías empezaban a descargarse y no se podía
393 hacer funcionar todo el tiempo la calefacción; Taunus decidió que los dos coches mejor equipados
394 se reservarían llegado el caso para los enfermos. Envueltos en mantas (los muchachos del Simca
395 habían arrancado el tapizado de su auto para fabricarse chalecos y gorros, y otros empezaron a
396 imitarlos), cada uno trataba de abrir lo menos posible las portezuelas para conservar el calor. En
397 alguna de esas noches heladas el ingeniero oyó llorar ahogadamente a la muchacha del Dauphine.
398 Sin hacer ruido, abrió poco a poco la portezuela y tanteó en la sombra hasta rozar una mejilla mo-
399 jada. Casi sin resonancia la chica se dejó atraer al 404; el ingeniero la ayudó a tenderse en la cu-
400 cheta, la abrigó con la única manta y le echó encima su gabardina. La oscuridad era más densa en
401 el coche ambulancia, con sus ventanillas tapadas por las lomas de la rienda. En algún momento el
402 ingeniero bajó los dos parasoles y colgó de ellos su camisa y un pulóver para aislar completamente
403 el auto. Hacia el amanecer ella le dijo al oído que antes de empezar a llorar había creído ver a lo
404 lejos, sobre la derecha, las luces de una ciudad.

405 Quizá fuera una ciudad pero las nieblas de la mañana no dejaban ver ni a veinte metros. Curio-
406 samente ese día la columna avanzó bastante más, quizás doscientos o trescientos metros. Coinci-
407 dió con nuevos anuncios de la radio (que casi nadie escuchaba, salvo Taunus que se sentía obliga-
408 do a mantenerse al corriente); los locutores hablaban enfáticamente de medidas de excepción que
409 liberarían la autopista, y se hacían referencias al agotador trabajo de las cuadrillas camineras y de
410 las fuerzas policiales. Bruscamente, una de las monjas deliró. Mientras su compañera la contem-
411 plaba aterrada y la muchacha del Dauphine le humedecía las sienes con un resto de perfume, la
412 monja habló de Armagedón, del noveno día, de la cadena de cinabrio. El médico vino mucho des-
413 pués, abriéndose paso entre la nieve que caía desde el mediodía y amurallaba poco a poco los
414 autos. Deploró la carencia de una inyección calmante y aconsejó que llevaran a la monja a un auto
415 con buena calefacción. Taunus la instaló en su coche, y el niño pasó al Caravelle donde también
416 estaba su amiguita del 203; jugaban con sus autos y se divertían mucho porque eran los únicos
417 que no pasaban hambre. Todo ese día y los siguientes nevó casi de continuo, y cuando la columna
418 avanzaba unos metros había que despejar con medios improvisados las masas de nieve amonto-
419 nadas entre los autos.

420 A nadie se le hubiera ocurrido asombrarse por la forma en que se obtenían las provisiones y el
421 agua. Lo único que podía hacer Taunus era administrar los fondos comunes y tratar de sacar el
422 mejor partido posible de algunos trueques. El Ford Mercury y un Porsche venían cada noche a tra-
423 ficar con las vituallas; Taunus y el ingeniero se encargaban de distribuirlas de acuerdo con el esta-
424 do físico de cada uno. Increíblemente la anciana del ID sobrevivía, perdida en un sopor que las
425 mujeres se cuidaban de disipar. La señora del Beaulieu que unos días antes había sufrido de náu-
426 seas y vahídos, se había repuesto con el frío y era de las que más ayudaba a la monja a cuidar a su
427 compañera, siempre débil y un poco extraviada. La mujer del soldado y del 203 se encargaban de
428 los dos niños; el viajante del DKW, quizá para consolarse de que la ocupante del Dauphine hubiera
429 preferido al ingeniero, pasaba horas contándoles cuentos a los niños. En la noche los grupos ingre-
430 saban en otra vida sigilosa y privada; las portezuelas se abrían silenciosamente para dejar entrar o
431 salir alguna silueta aterida; nadie miraba a los demás, los ojos tan ciegos como la sombra misma.

432 Bajo mantas sucias, con manos de uñas crecidas, oliendo a encierro y a ropa sin cambiar, algo de
433 felicidad duraba aquí y allá. La muchacha del Dauphine no se había equivocado: a lo lejos brillaba
434 una ciudad, y poco y a poco se irían acercando. Por las tardes el chico del Simca se trepaba al te-
435 cho de su coche, vigía incorregible envuelto en pedazos de tapizado y estopa verde. Cansado de
436 explorar el horizonte inútil, miraba por milésima vez los autos que lo rodeaban; con alguna envidia
437 descubría a Dauphine en el auto del 404, una mano acariciando un cuello, el final de un beso. Por
438 pura broma, ahora que había reconquistado la amistad del 404, les gritaba que la columna iba a
439 moverse; entonces Dauphine tenía que abandonar al 404 y entrar en su auto, pero al rato volvía a
440 pasarse en buscar de calor, y al muchacho del Simca le hubiera gustado tanto poder traer a su co-
441 che a alguna chica de otro grupo, pero no era ni para pensarlo con ese frío y esa hambre, sin con-
442 tar que el grupo de más adelante estaba en franco tren de hostilidad con el de Taunus por una
443 historia de un tubo de leche condensada, y salvo las transacciones oficiales con Ford Mercury y
444 con Porsche no había relación posible con los otros grupos. Entonces el muchacho del Simca suspi-
445 raba descontento y volvía a hacer de vigía hasta que la nieve y el frío lo obligaban a meterse tiri-
446 tando en su auto.

447 Pero el frío empezó a ceder, y después de un período de lluvias y vientos que enervaron los
448 ánimos y aumentaron las dificultades de aprovisionamiento, siguieron días frescos y soleados en
449 que ya era posible salir de los autos, visitarse, reanudar relaciones con los grupos de vecinos. Los
450 jefes habían discutido la situación, y finalmente se logró hacer la paz con el grupo de más adelan-
451 te. De la brusca desaparición del Ford Mercury se habló mucho tiempo sin que nadie supiera lo
452 que había podido ocurrirle, pero Porsche siguió viniendo y controlando el mercado negro. Nunca
453 faltaban del todo el agua o las conservas, aunque los fondos del grupo disminuían y Taunus y el
454 ingeniero se preguntaban qué ocurriría el día en que no hubiera más dinero para Porsche. Se
455 habló de un golpe de mano, de hacerlo prisionero y exigirle que revelara la fuente de los suminis-
456 tros, pero en esos días la columna había avanzado un buen trecho y los jefes prefirieron seguir
457 esperando y evitar el riesgo de echarlo todo a perder por una decisión violenta. Al ingeniero, que
458 había acabado por ceder a una indiferencia casi agradable, lo sobresaltó por un momento el tími-
459 do anuncio de la muchacha del Dauphine, pero después comprendió que no se podía hacer nada
460 para evitarlo y la idea de tener un hijo de ella acabó por parecerle tan natural como el reparto
461 nocturno de las provisiones o los viajes furtivos hasta el borde de la autopista. Tampoco la muerte
462 de la anciana del ID podía sorprender a nadie. Hubo que trabajar otra vez en plena noche, acom-
463 pañar y consolar al marido que no se resignaba a entender. Entre dos de los grupos de vanguardia
464 estalló una pelea y Taunus tuvo que officiar de árbitro y resolver precariamente la diferencia. Todo
465 sucedía en cualquier momento, sin horarios previsibles; lo más importante empezó cuando ya
466 nadie lo esperaba, y al menos responsable le tocó darse cuenta el primero. Trepado en el techo
467 del Simca, el alegre vigía tuvo la impresión de que el horizonte había cambiado (era el atardecer,
468 un sol amarillento deslizaba su luz rasante y mezquina) y que algo inconcebible estaba ocurriendo
469 a quinientos metros, a trescientos, a doscientos cincuenta. Se lo gritó al 404 y el 404 le dijo algo
470 Dauphine que se pasó rápidamente a su auto cuando ya Taunus, el soldado y el campesino venían
471 corriendo y desde el techo del Simca el muchacho señalaba hacia adelante y repetía intermina-
472 blemente el anuncio como si quisiera convencerse de que lo que estaba viendo era verdad; enton-
473 ces oyeron la conmoción, algo como un pesado pero incontenible movimiento migratorio que
474 despertaba de un interminable sopor y ensayaba sus fuerzas. Taunus les ordenó a gritos que vol-
475 vieran a sus coches; el Beaulieu, el ID, el Fiat 600 y el De Soto arrancaron con un mismo impulso.
476 Ahora el 2HP, el Taunus, el Simca y el Ariane empezaban a moverse, y el muchacho del Simca, or-
477 gulloso de algo que era como su triunfo, se volvía hacia el 404 y agitaba el brazo mientras el 404,
478 el Dauphine, el 2HP de las monjas y el DKW se ponían a su vez en marcha. Pero todo estaba en
479 saber cuánto iba a durar eso; el 404 se lo preguntó casi por rutina mientras se mantenía a la par de
480 Dauphine y le sonreía para darle ánimo. Detrás, el Volkswagen, el Caravelle, el 203 y el Floride

481 arrancaban, a su vez lentamente, un trecho en primera velocidad, después la segunda, intermina-
482 blemente la segunda pero ya sin desembragar como tantas veces, con el pie firme en el acelera-
483 dor, esperando poder pasar a tercera. Estirando el brazo izquierdo el 404 buscó la mano de Daup-
484 hine, rozó apenas la punta de sus dedos, vio en su cara una sonrisa de incrédula esperanza y pensó
485 que iban a llegar a París y que se bañarían, que irían juntos a cualquier lado, a su casa o a la de ella
486 a bañarse, a comer, a bañarse interminablemente y a comer y beber, y que después habría mue-
487 bles, habría un dormitorio con muebles y un cuarto de baño con espuma de jabón para afeitarse
488 de verdad, y retretes, comida y retretes y sábanas, París era un retrete y dos sábanas y el agua
489 caliente por el pecho y las piernas, y una tijera de uñas, y vino blanco, beberían vino blanco antes
490 de besarse y sentirse oler a lavanda y a colonia, antes de conocerse de verdad a plena luz, entre
491 sábanas limpias, y volver a bañarse por juego, amarse y bañarse y beber y entrar en la peluquería,
492 entrar en el baño, acariciar las sábanas y acariciarse entre las sábanas y amarse entre la espuma y
493 la lavanda y los cepillos antes de empezar a pensar en lo que iban a hacer, en el hijo y los proble-
494 mas y el futuro, y todo eso siempre que no se detuvieran, que la columna continuara aunque to-
495 davía no se pudiese subir a la tercera velocidad, seguir así en segunda, pero seguir. Con los para-
496 golpes rozando el Simca, el 404 se echó atrás en el asiento, sintió aumentar la velocidad, sintió
497 que podía acelerar sin peligro de irse contra el Simca, y que el Simca aceleraba sin peligro de cho-
498 car contra el Beaulieu, y que detrás venía el Caravelle y que todos aceleraban más y más, y que ya
499 se podía pasar a tercera sin que el motor penara, y la palanca calzó increíblemente en la tercera y
500 la marcha se hizo suave y se aceleró todavía más, y el 404 miró enternecido y deslumbrado a su
501 izquierda buscando los ojos de Dauphine. Era natural que con tanta aceleración las filas ya no se
502 mantuvieran paralelas. Dauphine se había adelantado casi un metro y el 404 le veía la nuca y ape-
503 nas el perfil, justamente cuando ella se volvía para mirarlo y hacía un gesto de sorpresa al ver que
504 el 404 se retrasaba todavía más. Tranquilizándola con una sonrisa el 404 aceleró bruscamente,
505 pero casi en seguida tuvo que frenar porque estaba a punto de rozar el Simca; le tocó secamente
506 la bocina y el muchacho del Simca lo miró por el retrovisor y le hizo un gesto de impotencia,
507 mostrándole con la mano izquierda el Beaulieu pegado a su auto. El Dauphine iba tres metros más
508 adelante, a la altura del Simca, y la niña del 203, al nivel del 404, agitaba los brazos y le mostraba
509 su muñeca. Una mancha roja a la derecha desconcertó al 404; en vez del 2HP de las monjas o del
510 Volkswagen del soldado vio un Crevrolet desconocido, y casi en seguida el Chevrolet se adelantó
511 seguido por un Lancia y por un Renault 8. A su izquierda se le apareaba un ID que empezaba a sa-
512 carle ventaja metro a metro, pero antes de que fuera sustituido por un 403, el 404 alcanzó a dis-
513 tinguir todavía en la delantera el 203 que ocultaba ya a Dauphine. El grupo se dislocaba, ya no
514 existía. Taunus debía de estar a más de veinte metros adelante, seguido de Dauphine; al mismo
515 tiempo la tercera fila de la izquierda se atrasaba porque en vez del DKW del viajante, el 404 alcan-
516 zaba a ver la parte trasera de un viejo furgón negro, quizá un Citroën o un Peugeot. Los autos corr-
517 ían en tercera, adelantándose o perdiendo terreno según el ritmo de su fila, y a los lados de la au-
518 topista se veían huir los árboles, algunas casas entre las masas de niebla y el anochecer. Después
519 fueron las luces rojas que todos encendían siguiendo el ejemplo de los que iban adelante, la noche
520 que se cerraba bruscamente. De cuando en cuando sonaban bocinas, las agujas de los velocíme-
521 tros subían cada vez más, algunas filas corrían a setenta kilómetros, otras a sesenta y cinco, algu-
522 nas a sesenta. El 404 había esperado todavía que el avance y el retroceso de las filas le permitiera
523 alcanzar otra vez a Dauphine, pero cada minuto lo iba convenciendo de que era inútil, que el gru-
524 po se había disuelto irrevocablemente, que ya no volverían a repetirse los encuentros rutinarios,
525 los mínimos rituales, los consejos de guerra en el auto de Taunus, las caricias de Dauphine en la
526 paz de la madrugada, las risas de los niños jugando con sus autos, la imagen de la monja pasando
527 las cuentas del rosario. Cuando se encendieron las luces de los frenos del Simca, el 404 redujo la
528 marcha con un absurdo sentimiento de esperanza, y apenas puesto el freno de mano saltó del
529 auto y corrió hacia adelante. Fuera del Simca y el Beaulieu (más atrás estaría el Caravelle, pero

530 poco le importaba) no reconoció ningún auto; a través de cristales diferentes lo miraban con sor-
531 presa y quizá escándalo otros rostros que no había visto nunca. Sonaban las bocinas, y el 404 tuvo
532 que volver a su auto; el chico del Simca le hizo un gesto amistoso, como si comprendiera, y señaló
533 alentadoramente en dirección de París. La columna volvía a ponerse en marcha, lentamente du-
534 rante unos minutos y luego como si la autopista estuviera definitivamente libre. A la izquierda del
535 404 corría un Taunus, y por un segundo al 404 le pareció que el grupo se recomponía, que todo
536 entraba en el orden, que se podría seguir adelante sin destruir nada. Pero era un Taunus verde, y
537 en el volante había una mujer con anteojos ahumados que miraba fijamente hacia adelante. No se
538 podía hacer otra cosa que abandonarse a la marcha, adaptarse mecánicamente a la velocidad de
539 los autos que lo rodeaban, no pensar. En el Volkswagen del soldado debía de estar su chaqueta de
540 cuero. Taunus tenía la novela que él había leído en los primeros días. Un frasco de lavanda casi
541 vacío en el 2HP de las monjas. Y él tenía ahí, tocándolo a veces con la mano derecha, el osito de
542 felpa que Dauphine le había regalado como mascota. Absurdamente se aferró a la idea de que a
543 las nueve y media se distribuirían los alimentos, habría que visitar a los enfermos, examinar la si-
544 tuación con Taunus y el campesino del Ariane; después sería la noche, sería Dauphine subiendo
545 sigilosamente a su auto, las estrellas o las nubes, la vida. Sí, tenía que ser así, no era posible que
546 eso hubiera terminado para siempre. Tal vez el soldado consiguiera una ración de agua, que había
547 escaseado en las últimas horas; de todos modos se podía contar con Porsche, siempre que se le
548 pagara el precio que pedía. Y en la antena de la radio flotaba locamente la bandera con la cruz
549 roja, y se corría a ochenta kilómetros por hora hacia las luces que crecían poco a poco, sin que ya
550 se supiera bien por qué tanto apuro, por qué esa carrera en la noche entre autos desconocidos
551 donde nadie sabía nada de los otros, donde todo el mundo miraba fijamente hacia adelante, ex-
552 clusivamente hacia adelante.

Triángulo isósceles

MARIO BENEDETTI (autor uruguayo, 1920–2009)

1 El abogado Arsenio Portales y la ex actriz Fanny Araluce llevaban doce apacibles años de casados.
2 Desde el comienzo, él le había exigido a Fanny que dejara la escena. Al parecer, no era tan liberal
3 como para tolerar que noche a noche su linda mujer fuera abrazada y besada por otros.

4 A ella le había costado mucho aceptar esa exigencia, que le parecía absurda, machista y carente
5 de un mínimo sentido profesional. “Por otra parte”, había agregado él como justificación a poste-
6 riori, “no creo que tengas las imprescindibles condiciones para triunfar en teatro. Sos demasiado
7 transparente. En cada uno de tus personajes siempre estás vos, precisamente allí donde debería
8 estar el personaje. Demasiado transparente. El verdadero actor debe ser opaco como ser humano;
9 sólo así podrá ser otro, convertirse en otro. Por más que te vistas de Ofelia, Electra o Mariana Pi-
10 neda, siempre serás Fanny Araluce. No niego que tengas un temperamento artístico, pero deber-
11 ías encauzarlo más bien hacia la pintura o las letras. Es decir, hacia la práctica de un arte en el que
12 la transparencia constituya una virtud y no un defecto”.

13 Fanny lo dejaba exponer su teoría, pero en realidad él nunca la había convencido. Si había re-
14 nunciado a ser actriz, era por amor. Él no lo entendía ni lo valoraba así. Sin embargo, en la vida
15 cotidiana, privada, Fanny era ordenada, sobria, casi una perfecta ama de casa.

16 Probablemente demasiado perfecta para el doctor Portales. En los últimos dos años, el aboga-
17 do había mantenido otra relación, tan clandestina como estable, con una mujer apasionada, car-
18 nal, contradictoria, y, por si todo esto fuera poco, particularmente atractiva.

19 Como lugar adecuado para esos encuentros, Portales alquiló un apartamento a sólo ocho cua-
20 dras de su casa. Había sido minucioso en la organización de su cándido pretexto: por borrosos mo-
21 tivos profesionales debía viajar semanalmente a Buenos Aires. Como sólo estaba ausente las no-
22 ches de los martes, le recomendaba a Fanny que no le telefonara, pero, por si las moscas, le hab-
23 ía dado el teléfono de un colega porteño, que tenía instrucciones precisas: “¿Arsenio? Fue a una
24 reunión que creo se va a prolongar hasta muy tarde”. Fanny nunca llamó.

25 Ella, que conocía como nadie las necesidades y manías del marido, se encargaba de aprontarle
26 el pequeño maletín y le llamaba el taxi. Portales se bajaba ocho cuadras más allá, subía al aparta-
27 mento clandestino, se ponía cómodo, aprontaba los tragos, encendía el televisor; a la espera de
28 Raquel, que, como también era casada, debía aguardar a que su marido emprendiera su inspec-
29 ción semanal a la estancia. En realidad, si se veían los martes había sido por complacer a Raquel,
30 pues ése era el día que el hacendado había elegido para atender sus campos. “Y dejarnos el campo
31 libre”, bromeaba Arsenio.

32 Cuando por fin llegaba Raquel, cenaban en casa, ya que no podían arriesgarse a que los vieran
33 juntos en un cine o en un restaurante. Luego hacían el amor de una manera traviesa, juvenil, ale-
34 gre, como si fueran dos adolescentes. Cada martes Portales se sentía revivir. Cada miércoles le
35 costaba un poco regresar a las buenas costumbres del hogar lícito, genuino, sistemático.

36 Para la vuelta, no sabía bien por qué, exageraba las precauciones. Llamaba un taxi, hacía que lo
37 dejara en el aeropuerto de Carrasco; después de un rato, tomaba otro taxi para regresar a casa.
38 Dentro de esa rutina, Fanny cumplía con interesarse en cómo le había ido, y entonces él inventaba
39 con esmero los pormenores de las aburridas sesiones de trabajo con sus clientes bonaerenses,
40 dejando siempre constancia, eso sí, de lo bueno que era estar de vuelta en casa.

41 Llegó por fin el martes en que se cumplían dos años de la furtiva y estimulante relación con
42 Raquel, y Portales consiguió un collar de pequeños mosaicos florentinos. Se lo había hecho traer
43 desde Italia por un cliente, éste sí verdadero, que le debía algunos favores. Instalado en su lindo y

44 confortable bulín, aprontó las copas, se acomodó en la mecedora, y se puso a esperar, más impa-
45 ciente que otras veces, a Raquel.

46 Ésta llegó más tarde que de costumbre. Su demora estaba justificada, ya que también ella, en
47 vista del aniversario subrepticio, había ido a comprar su regalito: una corbata de seda, con franjas
48 azules sobre fondo gris. Fue entonces que Arsenio Portales le dio el estuche con el collar. A ella le
49 encantó. “Voy un momento al baño, así veo cómo me queda”, dijo, y como anticipo de otros tribu-
50 tos, lo besó con ternura y calidez. Como era natural, él consideró ese beso como un presagio de
51 una noche gloriosa.

52 Sin embargo, Raquel demoraba en el baño y él empezó a inquietarse. Se levantó, se arrimó a la
53 puerta cerrada y preguntó: “¿Qué tal? ¿Te sentís bien?” “Estupendamente bien”, dijo ella. “Ense-
54 guida estoy contigo”.

55 Ya sin preocupación, aunque igualmente ansioso por la expectativa, Portales volvió asentarse
56 en la mecedora. Cinco minutos después la puerta del baño se abría, mas, para sorpresa del hom-
57 bre a la espera, no para dar paso a Raquel, sino a Fanny Araluce, su mujer, que lucía el collar flo-
58 rentino.

59 Portales, estupefacto, sólo atinó a exclamar: “¡Fanny! ¿Qué haces aquí?” “¿Aquí?”, subrayó
60 ella, “Pues lo de todos los martes, querido. Venir a verte, acostarme contigo, quererte y ser queri-
61 da”. Y como Arsenio seguía con la boca abierta, Fanny Agregó: “Arsenio, soy Fanny y también Ra-
62 quel. En casa soy tu mujer, Fanny A. De Portales, pero aquí soy la ex actriz Fanny Araluce. O sea
63 que en casa soy transparente y aquí soy opaca, ayudada por el maquillaje, las pelucas y un buen
64 libreto, claro”.

65 “Raquel”, balbuceó Arsenio Portales.

66 “Sí: Raquel. ¿Te das cuenta? Me has traicionado conmigo misma. Ahora, tras dos años de vida
67 doble, tenés que elegir. O te divorciás de mí, o te casás conmigo. No estoy dispuesta a seguir tole-
68 rando esta ambigüedad. Y algo más; después de este éxito dramático, después de dos años con
69 esta obra en cartel, te anuncio solemnemente que vuelvo al teatro”.

70 “Tu voz”, murmuró Arsenio. “Algo extraño había en tu voz. Pero ni siquiera el color de tus ojos
71 era el mismo”.

72 “Claro que no. ¿Para qué existen las lentes de contacto verdes? Siempre te oí decir que te en-
73 candilaban las morochas de ojos verdes”.

74 “Tu piel. Tu piel tampoco era la misma”.

75 “Ah no, querido, lamento decepcionarte. Aquí y allá mi piel siempre ha sido la misma. Sólo tus
76 manos eran otras. Tus manos me inventaban otra piel. Al fin de cuentas, ni yo misma sé ahora cuál
77 es mi piel verdadera: si la de tu Fanny o la de tu Raquel. Tus manos tienen la palabra”.

78 Portales cerró los puños, más desorientado que furioso, más abatido que iracundo.

79 “Me has engañado”, dijo con voz ronca.

80 “Por supuesto”, dijo Fanny/Raquel.

El rastro de tu sangre en la nieve

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ (autor colombiano, 1928-2014)

1 Al anoecer, cuando llegaron a la frontera, Nena Daconte se dio cuenta de que el dedo con el
2 anillo de bodas le seguía sangrando. El guardia civil con una manta de lana cruda sobre el tricordio
3 de charol examinó los pasaportes a la luz de una linterna de carburo, haciendo un grande esfuerzo
4 para que no lo derribara la presión del viento que soplaba de los Pirineos. Aunque eran dos pasa-
5 portes diplomáticos en regla, el guardia levantó la linterna para comprobar que los retratos se
6 parecían a las caras. Nena Daconte era casi una niña, con unos ojos de pájaro feliz y una piel de
7 melaza que todavía irradiaba la resolana del Caribe en el lúgubre anoecer de enero, y estaba
8 arropada hasta el cuello con un abrigo de nucas de visón que no podía comprarse con el sueldo de
9 un año de toda la guarnición fronteriza. Billy Sánchez de Ávila, su marido, que conducía el coche,
10 era un año menor que ella, y casi tan bello, y llevaba una chaqueta de cuadros escoceses y una
11 gorra de pelotero. Al contrario de su esposa, era alto y atlético y tenía las mandíbulas de hierro de
12 los matones tímidos. Pero lo que revelaba mejor la condición de ambos era el automóvil platinado,
13 cuyo interior exhalaba un aliento de bestia viva, como no se había visto otro por aquella frontera
14 de pobres. Los asientos posteriores iban atiborrados de maletas demasiado nuevas y muchas cajas
15 de regalos todavía sin abrir. Ahí estaba, además, el saxofón tenor que había sido la pasión domi-
16 nante en la vida de Nena Daconte antes de que sucumbiera al amor contrariado de su tierno pan-
17 dillero de balneario.

18 Cuando el guardia le devolvió los pasaportes sellados, Billy Sánchez le preguntó dónde podía
19 encontrar una farmacia para hacerle una cura en el dedo a su mujer, y el guardia le gritó contra el
20 viento que preguntaran en Indaya, del lado francés. Pero los guardias de Hendaya estaban senta-
21 dos a la mesa en mangas de camisa, jugando barajas mientras comían pan mojado en tazones de
22 vino dentro de una garita de cristal cálida y bien alumbrada, y les bastó con ver el tamaño y la cla-
23 se del coche para indicarles por señas que se internaran en Francia. Billy Sánchez hizo sonar varias
24 veces la bocina, pero los guardias no entendieron que los llamaban, sino que uno de ellos abrió el
25 cristal y les gritó con más rabia que el viento:

26 –Merde! Allez–vous–en!

27 Entonces Nena Daconte salió del automóvil envuelta con el abrigo hasta las orejas, y le pre-
28 guntó al guardia en un francés perfecto dónde había una farmacia. El guardia contestó por cos-
29 tumbre con la boca llena de pan que eso no era asunto suyo. Y menos con semejante borrasca, y
30 cerró la ventanilla. Pero luego se fijó con atención en la muchacha que se chupaba el dedo herido
31 envuelta en el destello de los visones naturales, y debió confundirla con una aparición mágica en
32 aquella noche de espantos, porque al instante cambió de humor. Explicó que la ciudad más cerca-
33 na era Biarritz, pero que en pleno invierno y con aquel viento de lobos, tal vez no hubiera una far-
34 macia abierta hasta Bayona, un poco más adelante.

35 –¿Es algo grave? –preguntó.

36 –Nada –sonrió Nena Daconte, mostrándole el dedo con la sortija de diamantes en cuya yema
37 era apenas perceptible la herida de la rosa–. Es sólo un pinchazo.

38 Antes de Bayona volvió a nevar. No eran más de las siete, pero encontraron las calles desiertas
39 y las casas cerradas por la furia de la borrasca, y al cabo de muchas vueltas sin encontrar una far-
40 macia decidieron seguir adelante. Billy Sánchez se alegró con la decisión. Tenía una pasión insacia-
41 ble por los automóviles raros y un papá con demasiados sentimientos de culpa y recursos de sobra
42 para complacerlo, y nunca había conducido nada igual a aquel Bentley convertible de regalo de
43 bodas. Era tanta su embriaguez en el volante, que cuanto más andaba menos cansado se sentía.
44 Estaba dispuesto a llegar esa noche a Burdeos, donde tenían reservada la suite nupcial del hotel

45 Splendid, y no habría vientos contrarios ni bastante nieve en el cielo para impedirlo. Nena Dacon-
46 te, en cambio, estaba agotada, sobre todo por el último tramo de la carretera desde Madrid, que
47 era una cornisa de cabras azotada por el granizo. Así que después de Bayona se enrolló un pañuelo
48 en el anular apretándolo bien para detener la sangre que seguía fluyendo, y se durmió a fondo.
49 BillEl rastro de tu sangre en la nieve y Sánchez no lo advirtió sino al borde de la media noche, des-
50 pués de que acabó de nevar y el viento se paró de pronto entre los pinos, y el cielo de las landas se
51 llenó de estrellas glaciales. Había pasado frente a las luces dormidas de Burdeos, pero sólo se de-
52 tuvo para llenar el tanque en una estación de la carretera pues aún le quedaban ánimos para lle-
53 gar hasta París sin tomar aliento. Era tan feliz con su juguete grande de 25.000 libras esterlinas,
54 que ni siquiera se preguntó si lo sería también la criatura radiante que dormía a su lado con la
55 venda del anular empapada de sangre, y cuyo sueño de adolescente, por primera vez, estaba atra-
56 vesado por ráfagas de incertidumbre.

57 Se habían casado tres días antes, a 10.000 kilómetros de allí, en Cartagena de Indias, con el
58 asombro de los padres de él y la desilusión de los de ella, y la bendición personal del arzobispo
59 primado. Nadie, salvo ellos mismos, entendía el fundamento real ni conoció el origen de ese amor
60 imprevisible. Había empezado tres meses antes de la boda, un domingo de mar en que la pandilla
61 de Billy Sánchez se tomó por asalto los vestidores de mujeres de los balnearios de Marbella. Nena
62 Daconte había cumplido apenas dieciocho años, acababa de regresar del internado de la Châtelle-
63 nie, en Saint-Blaise, Suiza, hablando cuatro idiomas sin acento y con un dominio maestro del
64 saxofón tenor, y aquel era su primer domingo de mar desde el regreso. Se había desnudado por
65 completo para ponerse el traje de baño cuando empezó la estampida de pánico y los gritos de
66 abordaje en las casetas vecinas, pero no entendió lo que ocurría hasta que la aldaba de su puerta
67 saltó en astillas y vio parado frente a ella al bandolero más hermoso que se podía concebir. Lo
68 único que llevaba puesto era un calzoncillo lineal de falsa piel de leopardo, y tenía el cuerpo apa-
69 cible y elástico y el color dorado de la gente de mar. En el puño derecho, donde tenía una esclava
70 metálica de gladiador romano, llevaba enrollada una cadena de hierro que le servía de arma mor-
71 tal, y tenía colgada del cuello una medalla sin santo que palpitaba en silencio con el susto del co-
72 razón. Habían estado juntos en la escuela primaria y habían roto muchas piñatas en las fiestas de
73 cumpleaños, pues ambos pertenecían a la estirpe provinciana que manejaba a su arbitrio el desti-
74 no de la ciudad desde los tiempos de la Colonia, pero habían dejado de verse tantos años que no
75 se reconocieron a primera vista. Nena Daconte permaneció de pie, inmóvil, sin hacer nada por
76 ocultar su desnudez intensa. Billy Sánchez cumplió entonces con su rito pueril: se bajó el calzonci-
77 llo de leopardo y le mostró su respetable animal erguido. Ella lo miró de frente y sin asombro.

78 –Los he visto más grandes y más firmes –dijo, dominando el terror–, de modo que piensa bien
79 lo que vas a hacer, porque conmigo te tienes que comportar mejor que un negro.

80 En realidad, Nena Daconte no sólo era virgen sino que nunca hasta entonces había visto un
81 hombre desnudo, pero el desafío le resultó eficaz. Lo único que se le ocurrió a Billy Sánchez fue
82 tirar un puñetazo de rabia contra la pared con la cadena enrollada en la mano, y se astilló los hue-
83 sos. Ella lo llevó en su coche al hospital, lo ayudó a sobrellevar la convalecencia, y al final aprendie-
84 ron juntos a hacer el amor de la buena manera. Pasaron las tardes difíciles de junio en la terraza
85 interior de la casa donde habían muerto seis generaciones de próceres en la familia de Nena Da-
86 conte, ella tocando canciones de moda en el saxofón, y él con la mano escayolada contemplándola
87 desde el chinchorro con un estupor sin alivio. La casa tenía numerosas ventanas de cuerpo entero
88 que daban al estanque de podredumbre de la bahía, y era una de las más grandes y antiguas del
89 barrio de la Manga, y sin duda la más fea. Pero la terraza de baldosas ajedrezadas donde Nena
90 Daconte tocaba el saxofón era un remanso en el calor de las cuatro, y daba a un patio de sombras
91 grandes con palos de mango y matas de guineo, bajo los cuales había una tumba con una losa sin
92 nombre, anterior a la casa y a la memoria de la familia. Aun los menos entendidos en música pen-
93 saban que el sonido del saxofón era anacrónico en una casa de tanta alcurnia. "Suenan como un

94 buque", había dicho la abuela de Nena Daconte cuando lo oyó por primera vez. Su madre había
95 tratado en vano de que lo tocara de otro modo, y no como ella lo hacía por comodidad, con la fal-
96 da recogida hasta los muslos y las rodillas separadas, y con una sensualidad que no le parecía
97 esencial para la música. "No me importa qué instrumento toques" –le decía– "con tal de que lo
98 toques con las piernas cerradas". Pero fueron esos aires de adioses de buques y ese encarniza-
99 miento de amor los que le permitieron a Nena Daconte romper la cáscara amarga de Billy Sánchez.
100 Debajo de la triste reputación de bruto que él tenía muy bien sustentada por la confluencia de dos
101 apellidos ilustres, ella descubrió un huérfano asustado y tierno. Llegaron a conocerse tanto mien-
102 tras se le soldaban los huesos de la mano, que él mismo se asombró de la fluidez con que ocurrió
103 el amor cuando ella lo llevó a su cama de doncella una tarde de lluvias en que se quedaron solos
104 en la casa. Todos los días a esa hora, durante casi dos semanas, retozaron desnudos bajo la mirada
105 atónita de los retratos de guerreros civiles y abuelas insaciables que los habían precedido en el
106 paraíso de aquella cama histórica. Aun en las pausas del amor permanecían desnudos con las ven-
107 tanas abiertas respirando la brisa de escombros de barcos de la bahía, su olor a mierda, oyendo en
108 el silencio del saxofón los ruidos cotidianos del patio, la nota única del sapo bajo las matas de gui-
109 neo, la gota de agua en la tumba de nadie, los pasos naturales de la vida que antes no habían teni-
110 do tiempo de conocer.

111 Cuando los padres de Nena Daconte regresaron a la casa, ellos habían progresado tanto en el
112 amor que ya no les alcanzaba el mundo para otra cosa, y lo hacían a cualquier hora y en cualquier
113 parte, tratando de inventarlo otra vez cada vez que lo hacían. Al principio lo hicieron como mejor
114 podían en los carros deportivos con que el papá de Billy trataba de apaciguar sus propias culpas.
115 Después, cuando los coches se les volvieron demasiado fáciles, se metían por la noche en las case-
116 tas desiertas de Marbella donde el destino los había enfrentado por primera vez, y hasta se metie-
117 ron disfrazados durante el carnaval de noviembre en los cuartos de alquiler del antiguo barrio de
118 esclavos de Getsemaní, al amparo de las mamasantas que hasta hacía pocos meses tenían que
119 padecer a Billy Sánchez con su pandilla de cadeneros. Nena Daconte se entregó a los amores furti-
120 vos con la misma devoción frenética que antes malgastaba en el saxofón, hasta el punto de que su
121 bandolero domesticado terminó por entender lo que ella quiso decirle cuando le dijo que tenía
122 que comportarse como un negro. Billy Sánchez le correspondió siempre y bien, y con el mismo
123 alborozo. Ya casados, cumplieron con el deber de amarse mientras las azafatas dormían en mitad
124 del Atlántico, encerrados a duras penas y más muertos de risa que de placer en el retrete del
125 avión. Sólo ellos sabían entonces, 24 horas después de la boda, que Nena Daconte estaba encinta
126 desde hacía dos meses.

127 De modo que cuando llegaron a Madrid se sentían muy lejos de ser dos amantes saciados, pero
128 tenían bastantes reservas para comportarse como recién casados puros. Los padres de ambos lo
129 habían previsto todo. Antes del desembarco, un funcionario de protocolo subió a la cabina de pri-
130 mera clase para llevarle a Nena Daconte el abrigo de visón blanco con franjas de un negro lumino-
131 so, que era el regalo de bodas de sus padres. A Billy Sánchez le llevó una chaqueta de cordero que
132 era la novedad de aquel invierno, y las llaves sin marca de un coche de sorpresa que le esperaba
133 en el aeropuerto.

134 La misión diplomática de su país los recibió en el salón oficial. El embajador y su esposa no sólo
135 eran amigos desde siempre de la familia de ambos, sino que él era el médico que había asistido al
136 nacimiento de Nena Daconte, y la esperó con un ramo de rosas tan radiantes y frescas, que hasta
137 las gotas de rocío parecían artificiales. Ella los saludó a ambos con besos de burla, incómoda con
138 su condición un poco prematura de recién casada, y luego recibió las rosas. Al cogerlas se pinchó
139 el dedo con una espina del tallo, pero sorteó el percance con un recurso encantador.

140 –Lo hice adrede –dijo– para que se fijaran en mi anillo.

141 En efecto, la misión diplomática en pleno admiró el esplendor del anillo, calculando que debía
142 costar una fortuna no tanto por la clase de los diamantes como por su antigüedad bien conserva-

143 da. Pero nadie advirtió que el dedo empezaba a sangrar. La atención de todos derivó después
144 hacia el coche nuevo. El embajador había tenido el buen humor de llevarlo al aeropuerto, y de
145 hacerlo envolver en papel celofán con un enorme lazo dorado. Billy Sánchez no apreció su ingenio.
146 Estaba tan ansioso por conocer el coche que desgarró la envoltura de un tirón y se quedó sin
147 aliento. Era el Bentley convertible de ese año con tapicería de cuero legítimo. El cielo parecía un
148 manto de ceniza, el Guadarrama mandaba un viento cortante y helado, y no se estaba bien a la
149 intemperie, pero Billy Sánchez no tenía todavía la noción del frío. Mantuvo a la misión diplomática
150 en el estacionamiento sin techo, inconsciente de que se estaban congelando por cortesía, hasta
151 que terminó de reconocer el coche en sus detalles recónditos. Luego el embajador se sentó a su
152 lado para guiarlo hasta la residencia oficial donde estaba previsto un almuerzo. En el trayecto le
153 fue indicando los lugares más conocidos de la ciudad, pero él sólo parecía atento a la magia del
154 coche.

155 Era la primera vez que salía de su tierra. Había pasado por todos los colegios privados y públi-
156 cos, repitiendo siempre el mismo curso, hasta que se quedó flotando en un limbo de desamor. La
157 primera visión de una ciudad distinta de la suya, los bloques de casas cenicientas con las luces en-
158 cendidas a pleno día, los árboles pelados, el mar distante, todo le iba aumentando un sentimiento
159 de desamparo que se esforzaba por mantener al margen del corazón. Sin embargo, poco después
160 cayó sin darse cuenta en la primera trampa del olvido. Se habla precipitado una tormenta ins-
161 tantánea y silenciosa, la primera de la estación, y cuando salieron de la casa del embajador des-
162 pués del almuerzo para emprender el viaje hacia Francia, encontraron la ciudad cubierta de una
163 nieve radiante. Billy Sánchez se olvidó entonces del coche, y en presencia de todos, dando gritos
164 de júbilo y echándose puñados de polvo de nieve en la cabeza, se revolcó en mitad de la calle con
165 el abrigo puesto.

166 Nena Daconte se dio cuenta por primera vez de que el dedo estaba sangrando, cuando salieron
167 de Madrid en una tarde que se había vuelto diáfana después de la tormenta. Se sorprendió, por-
168 que había acompañado con el saxofón a la esposa del embajador, a quien le gustaba cantar arias
169 de ópera en italiano después de los almuerzos oficiales, y apenas si notó la molestia en el anular.
170 Después, mientras le iba indicando a su marido las rutas más cortas hacia la frontera, se chupaba
171 el dedo de un modo inconsciente cada vez que le sangraba, y sólo cuando llegaron a los Pirineos se
172 le ocurrió buscar una farmacia. Luego sucumbió a los sueños atrasados de los últimos días, y cuan-
173 do despertó de pronto con la impresión de pesadilla de que el coche andaba por el agua, no se
174 acordó más durante un largo rato del pañuelo amarrado en el dedo. Vio en el reloj luminoso del
175 tablero que eran más de las tres, hizo sus cálculos mentales, y sólo entonces comprendió que hab-
176 ían seguido de largo por Burdeos, y también por Angulema y Poitiers, y estaban pasando por el
177 dique de Loira inundado por la creciente. El fulgor de la luna se filtraba a través de la neblina, y las
178 siluetas de los castillos entre los pinos parecían de cuentos de fantasmas. Nena Daconte, que co-
179 nocía la región de memoria, calculó que estaban ya a unas tres horas de París, y Billy Sánchez con-
180 tinuaba impávido en el volante.

181 –Eres un salvaje –le dijo–. Llevas más de once horas manejando sin comer nada.

182 Estaba todavía sostenido en vilo por la embriaguez del coche nuevo. A pesar de que en el avión
183 había dormido poco y mal, se sentía despabilado y con fuerzas de sobra para llegar a París al ama-
184 necer.

185 –Todavía me dura el almuerzo de la embajada –dijo–. Y agregó sin ninguna lógica: Al fin y al
186 cabo, en Cartagena están saliendo apenas del cine. Deben ser como las diez.

187 Con todo Nena Daconte temía que él se durmiera conduciendo. Abrió una caja de entre los tan-
188 tos regalos que les habían hecho en Madrid y trató de meterle en la boca un pedazo de naranja
189 azucarada. Pero él la esquivó.

190 –Los machos no comen dulces –dijo.

191 Poco antes de Orleáns se desvaneció la bruma, y una luna muy grande iluminó las sementeras
192 nevadas, pero el tráfico se hizo más difícil por la confluencia de los enormes camiones de legum-
193 bres y cisternas de vinos que se dirigían a París. Nena Daconte hubiera querido ayudar a su marido
194 en el volante, pero ni siquiera se atrevió a insinuarlo, porque é le había advertido desde la primera
195 vez en que salieron juntos que no hay humillación más grande para un hombre que dejarse con-
196 ducir por su mujer. Se sentía lúcida después de casi cinco horas de buen sueño, y estaba además
197 contenta de no haber parado en un hotel de la provincia de Francia, que conocía desde muy niña
198 en numerosos viajes con sus padres. "No hay paisajes más bellos en el mundo", decía, "pero uno
199 puede morir de sed sin encontrar a nadie que le dé gratis un vaso de agua." Tan convencida es-
200 taba, que a última hora había metido un jabón y un rollo de papel higiénico en el maletín de mano,
201 porque en los hoteles de Francia nunca había jabón, y el papel de los retretes eran los periódicos
202 de la semana anterior cortados en cuadritos y colgados de un gancho. Lo único que lamentaba en
203 aquel momento era haber desperdiciado una noche entera sin amor. La réplica de su marido fue
204 inmediata.

205 –Ahora mismo estaba pensando que debe ser del carajo tirar en la nieve –dijo–. Aquí mismo, si
206 quieres.

207 Nena Daconte lo pensó en serio. Al borde de la carretera, la nieve bajo la luna tenía un aspecto
208 mullido y cálido, pero a medida que se acercaban a los suburbios de París el tráfico era más inten-
209 so, y había núcleos de fábricas iluminadas y numerosos obreros en bicicleta. De no haber sido in-
210 vierno, estarían ya en pleno día.

211 –Ya será mejor esperar hasta París –dijo Nena Daconte–. Bien calienticos y en una cama con
212 sábanas limpias, como la gente casada.

213 –Es la primera vez que me fallas –dijo él.

214 –Claro –replicó ella–. Es la primera vez que somos casados.

215 Poco antes de amanecer se lavaron la cara y orinaron en una fonda del camino, y tomaron café
216 con croissants calientes en el mostrador donde los camioneros desayunaban con vino tinto. Nena
217 Daconte se había dado cuenta en el baño de que tenía manchas de sangre en la blusa y la falda,
218 pero no intentó lavarlas. Tiró en la basura el pañuelo empapado, se cambió el anillo matrimonial
219 para la mano izquierda y se lavó bien el dedo herido con agua y jabón. El pinchazo era casi invis-
220 ible. Sin embargo, tan pronto como regresaron al coche volvió a sangrar, de modo que Nena Da-
221 conte dejó el brazo colgando fuera de la ventana, convencida de que el aire glacial de las semente-
222 ras tenía virtudes de cauterio. Fue otro recurso vano pero todavía no se alarmó. "Si alguien nos
223 quiere encontrar será muy fácil", dijo con su encanto natural. "Sólo tendrá que seguir el rastro de
224 mi sangre en la nieve." Luego pensó mejor en lo que había dicho y su rostro floreció en las prime-
225 ras luces del amanecer.

226 –Imagínate –dijo: –un rastro de sangre en la nieve desde Madrid hasta París. ¿No te parece be-
227 llo para una canción?

228 No tuvo tiempo de volverlo a pensar. En los suburbios de París, el dedo era un manantial incon-
229 tenible, y ella sintió de veras que se le estaba yendo el alma por la herida. Había tratado de segar
230 el flujo con el rollo de papel higiénico que llevaba en el maletín, pero más tardaba en vendarse el
231 dedo que en arrojar por la ventana las tiras del papel ensangrentado. La ropa que llevaba puesta,
232 el abrigo, los asientos del coche, se iban empapando poco a poco de un modo irreparable. Billy
233 Sánchez se asustó en serio e insistió en buscar una farmacia, pero ella sabía entonces que aquello
234 no era asunto de boticarios.

235 –Estamos casi en la Puerta de Orleáns –dijo–. Sigue de por la avenida del general Leclerc, que es
236 la más ancha y con muchos árboles, y después yo te voy diciendo lo que haces.

237 Fue el trayecto más arduo de todo el viaje. La avenida del General Leclerc era un nudo infernal
238 de automóviles pequeños y bicicletas, embotellados en ambos sentidos, y de los camiones enor-
239 mes que trataban de llegar a los mercados centrales. Billy Sánchez se puso tan nervioso con el es-

240 trueno inútil de las bocinas, que se insultó a gritos en lengua de cadeneros con varios conducto-
241 res y hasta trató de bajarse del coche para pelearse con uno, pero Nena Daconte logró convencer-
242 lo de que los franceses eran la gente más grosera del mundo, pero no se golpeaban nunca. Fue
243 una prueba más de su buen juicio, porque en aquel momento Nena Daconte estaba haciendo es-
244 fuerzos para no perder la conciencia.

245 Sólo para salir de la glorieta del León de Belfort necesitaron más de una hora. Los cafés y alma-
246 cenes estaban iluminados como si fuera la media noche, pues era un martes típico de los eneros
247 de París, encapotados y sucios y con una llovizna tenaz que no alcanzaba a concretarse en nieve.
248 Pero la avenida Denfer-Rochereau estaba más despejada, y al cabo de unas pocas cuadras Nena
249 Daconte le indicó a su marido que doblara a la derecha, y estacionó frente a la entrada de emer-
250 gencia de un hospital enorme y sombrío.

251 Necesitó ayuda para salir del coche, pero no perdió la serenidad ni la lucidez. Mientras llegaba
252 el médico de turno, acostada en la camilla rodante, contestó a la enfermera el cuestionario de
253 rutina sobre su identidad y sus antecedentes de salud. Billy Sánchez le llevó el bolso y le apretó la
254 mano izquierda donde entonces llevaba el anillo de bodas, y la sintió lánguida y fría, y sus labios
255 habían perdido el color. Permaneció a su lado, con la mano en la suya, hasta que llegó el médico
256 de turno y le hizo un examen rápido al anular herido. Era un hombre muy joven, con la piel del
257 color del cobre antiguo y la cabeza pelada. Nena Daconte no le prestó atención sino que dirigió a
258 su marido una sonrisa lívida.

259 –No te asustes –le dijo, con su humor invencible–. Lo único que puede suceder es que este
260 caníbal me corte la mano para comérsela.

261 El médico concluyó el examen, y entonces los sorprendió con un castellano muy correcto aun-
262 que con raro acento asiático.

263 –No, muchachos –dijo–. Este caníbal prefiere morirse de hambre antes que cortar una mano
264 tan bella.

265 Ellos se ofuscaron pero el médico los tranquilizó con un gesto amable. Luego ordenó que se
266 llevaran la camilla, y Billy Sánchez quiso seguir con ella cogido de la mano de su mujer. El médico
267 lo detuvo por el brazo.

268 –Usted no –le dijo–. Va para cuidados intensivos.

269 Nena Daconte le volvió a sonreír al esposo, y le siguió diciendo adiós con la mano hasta que la
270 camilla se perdió en el fondo del corredor. El médico se retrasó estudiando los datos que la en-
271 fermera había escrito en una tablilla. Billy Sánchez lo llamó.

272 –Doctor –le dijo–. Ella está encinta.

273 –¿Cuánto tiempo?

274 –Dos meses.

275 El médico no le dio la importancia que Billy Sánchez esperaba. "Hizo bien en decírmelo," dijo, y
276 se fue detrás de la camilla. Billy Sánchez se quedó parado en la sala lúgubre olorosa a sudores de
277 enfermos, se quedó sin saber qué hacer mirando el corredor vacío por donde se habían llevado a
278 Nena Daconte, y luego se sentó en el escaño de madera donde había otras personas esperando.
279 No supo cuánto tiempo estuvo ahí, pero cuando decidió salir del hospital era otra vez de noche y
280 continuaba la llovizna, y él seguía sin saber ni siquiera qué hacer consigo mismo, abrumado por el
281 peso del mundo.

282 Nena Daconte ingresó a las 9:30 del martes 7 de enero, según lo pude comprobar años después
283 en los archivos del hospital. Aquella primera noche, Billy Sánchez durmió en el coche estacionado
284 frente a la puerta de urgencias y muy temprano al día siguiente se comió seis huevos cocidos y dos
285 tazas de café con leche en la cafetería que encontró más cerca, pues no había hecho una comida
286 completa desde Madrid. Después volvió a la sala de urgencias para ver a Nena Daconte pero le
287 hicieron entender que debía dirigirse a la entrada principal. Allí consiguieron, por fin, un asturiano
288 del servicio que lo ayudó a entenderse con el portero, y éste comprobó que en efecto Nena Da-

289 conte estaba registrada en el hospital, pero que sólo se permitían visitas los martes de nueve a
290 cuatro. Es decir, seis días después. Trató de ver al médico que hablaba castellano, a quien descri-
291 bió como un negro con la cabeza pelada, pero nadie le dio razón con dos detalles tan simples.

292 Tranquilizado con la noticia de que Nena Daconte estaba en el registro, volvió al lugar donde
293 había dejado el coche, y un agente de tránsito lo obligó a estacionar dos cuadras más adelante, en
294 una calle muy estrecha y del lado de los números impares. En la acera de enfrente había un edifi-
295 cio restaurado con un letrero: "Hotel Nicole". Tenía una sola estrella, y una sala de recibo muy
296 pequeña donde no había más que un sofá y un viejo piano vertical, pero el propietario de voz
297 aflautada podía entenderse con los clientes en cualquier idioma a condición de que tuvieran con
298 qué pagar. Billy Sánchez se instaló con once maletas y nueve cajas de regalos en el único cuarto
299 libre, que era una mansarda triangular en el noveno piso, a donde se llegaba sin aliento por una
300 escalera en espiral que olía a espuma de coliflores hervidas. Las paredes estaban forradas de col-
301 gaduras tristes y por la única ventana no cabía nada más que la claridad turbia del patio interior.
302 Había una cama para dos, un ropero grande, una silla simple, un bidé portátil y un aguamanil con
303 su platón y su jarra, de modo que la única manera de estar dentro del cuarto era acostado en la
304 cama. Todo era peor que viejo, desventurado, pero también muy limpio, y con un rastro saludable
305 de medicina reciente.

306 A Billy Sánchez no le habría alcanzado la vida para descifrar los enigmas de ese mundo fundado
307 en el talento de la cicatería. Nunca entendió el misterio de la luz de la escalera que se apagaba
308 antes de que él llegara a su piso, ni descubrió la manera de volver a encenderla. Necesitó media
309 mañana para aprender que en el rellano de cada piso habla un cuartito con un excusado de cade-
310 na, y ya había decidido usarlo en las tinieblas cuando descubrió por casualidad que la luz se en-
311 cendía al pasar el cerrojo por dentro, para que nadie la dejara encendida por olvido. La ducha, que
312 estaba en el extremo del corredor y que él se empeñaba en usar des veces al día como en su tie-
313 rra, se pagaba aparte y de contado, y el agua caliente, controlada desde la administración, se aca-
314 baba a los tres minutos. Sin embargo, Billy Sánchez tuvo bastante claridad de juicio para compren-
315 der que aquel orden tan distinto del suyo era de todos modos mejor que la intemperie de enero,
316 se sentía además tan ofuscado y solo que no podía entender cómo pudo vivir alguna vez sin el
317 amparo de Nena Daconte.

318 Tan pronto como subió al cuarto, la mañana del miércoles, se tiró bocabajo en la cama con el
319 abrigo puesto pensando en la criatura de prodigio que continuaba desangrándose en la acera de
320 enfrente, y muy pronto sucumbió en un sueño tan natural que cuando despertó eran las cinco en
321 el reloj, pero no pudo deducir si eran las cinco de la tarde o del amanecer, ni de qué día de la se-
322 mana ni en qué ciudad de vidrios azotados por el viento y la lluvia. Esperó despierto en la cama,
323 siempre pensando en Nena Daconte, hasta que pudo comprobar que en realidad amanecía. En-
324 tonces fue a desayunar a la misma cafetería del día anterior, y allí pudo establecer que era jueves.
325 Las luces del hospital estaban encendidas y había dejado de llover, de modo que permaneció re-
326 costado en el tronco de un castaño frente a la entrada principal, por donde entraban y salían
327 médicos y enfermeras de batas blancas, con la esperanza de encontrar al médico asiático que hab-
328 ía recibido a Nena Daconte. No lo vio, ni tampoco esa tarde después del almuerzo, cuando tuvo
329 que desistir de la espera porque se estaba congelando. A las siete se tomó otro café con leche y se
330 comió dos huevos duros que él mismo cogió en el aparador después de cuarenta y ocho horas de
331 estar comiendo la misma cosa en el mismo lugar. Cuando volvió al hotel para acostarse, encontró
332 su coche solo en una acera y todos los demás en la acera de enfrente, y tenía puesta la noticia de
333 una multa en el parabrisas. Al portero del Hotel Nicole le costó trabajo explicarle que en los días
334 impares del mes se podía estacionar en la acera de números impares, y al día siguiente en la acera
335 contraria. Tantas artimañas racionalistas resultaban incomprensibles para un Sánchez de Ávila de
336 los más acendrados que apenas dos años antes se había metido en un cine de barrio con el auto-
337 móvil oficial del alcalde mayor, y había causado estragos de muerte ante los policías impávidos.

338 Entendió menos todavía cuando el portero del hotel le aconsejó que pagara la multa, pero que no
339 cambiara el coche de lugar a esa hora, porque tendría que cambiarlo otra vez a las doce de la no-
340 che. Aquella madrugada, por primera vez, no pensó sólo en Nena Daconte, sino que daba vueltas
341 en la cama sin poder dormir, pensando en sus propias noches de pesadumbre en las cantinas de
342 maricas del mercado público de Cartagena del Caribe. Se acordaba del sabor del pescado frito y el
343 arroz de coco en las fondas del muelle donde atracaban las goletas de Aruba. Se acordó de su casa
344 con las paredes cubiertas de trinitarias, donde serían apenas las siete de la noche de ayer, y vio a
345 su padre con una pijama de seda leyendo el periódico en el fresco de la terraza.

346 Se acordó de su madre, de quien nunca se sabía dónde estaba a ninguna hora, su madre apeti-
347 tosa y lenguaraz, con un traje de domingo y una rosa en la oreja desde el atardecer, ahogándose
348 de calor por el estorbo de sus tetas espléndidas. Una tarde, cuando él tenía siete años, había en-
349 trado de pronto en el cuarto de ella y la había sorprendido desnuda en la cama con uno de sus
350 amantes casuales. Aquel percance del que nunca había hablado, estableció entre ellos una rela-
351 ción de complicidad que era más útil que el amor. Sin embargo, él no fue consciente de eso, ni de
352 tantas cosas terribles de su soledad de hijo único, hasta esa noche en que se encontró dando vuel-
353 tas en la cama de una mansarda triste de París, sin nadie a quién contarle su infortunio, y con una
354 rabia feroz contra sí mismo porque no podía soportar las ganas de llorar.

355 Fue un insomnio provechoso. El viernes se levantó estropeado por la mala noche, pero resuelto
356 a definir su vida. Se decidió por fin a violar la cerradura de su maleta para cambiarse de ropa pues
357 las llaves de todas estaban en el bolso de Nena Daconte, con la mayor parte del dinero y la libreta
358 de teléfonos donde tal vez hubiera encontrado el número de algún conocido de París. En la cafe-
359 tería de siempre se dio cuenta de que había aprendido a saludar en francés y a pedir sandwiches
360 de jamón y café con leche. También sabía que nunca le sería posible ordenar mantequilla ni hue-
361 vos en ninguna forma, porque nunca los aprendería a decir, pero la mantequilla la servían siempre
362 con el pan, y los huevos duros estaban a la vista en el aparador y se cogían sin pedirlos. Además, al
363 cabo de tres días, el personal de servicio se habla familiarizado con él, y lo ayudaban a explicarse.
364 De modo que el viernes al almuerzo, mientras trataba de poner la cabeza en su puesto, ordenó un
365 filete de ternera con papas fritas y una botella de vino. Entonces se sintió tan bien que pidió otra
366 botella, la bebió hasta la mitad, y atravesó la calle con la resolución firme de meterse en el hospi-
367 tal por la fuerza. No sabía dónde encontrar a Nena Daconte, pero en su mente estaba fija la ima-
368 gen providencial del médico asiático, y estaba seguro de encontrarlo. No entró por la puerta prin-
369 cipal sino por la de urgencias, que le había parecido menos vigilada, pero no alcanzó a llegar más
370 allá del corredor donde Nena Daconte le había dicho adiós con la mano. Un guardián con la bata
371 salpicada de sangre le preguntó algo al pasar, y él no le prestó atención. El guardián lo siguió, repi-
372 tiendo siempre la misma pregunta en francés, y por último lo agarró del brazo con tanta fuerza
373 que lo detuvo en seco. Billy Sánchez trató de sacudírselo con un recurso de cadenero, y entonces
374 el guardián se cagó en su madre en francés, le torció el brazo en la espalda con una llave maestra,
375 y sin dejar de cagarse mil veces en su puta madre lo llevó casi en vilo hasta la puerta, rabiando de
376 dolor, y lo tiró como un bulto de papas en la mitad de la calle.

377 Aquella tarde, dolorido por el escarmiento, Billy Sánchez empezó a ser adulto. Decidió, como lo
378 hubiera hecho Nena Daconte, acudir a su embajador. El portero del hotel, que a pesar de su cata-
379 dura huraña era muy servicial, y además muy paciente con los idiomas, encontró el número y la
380 dirección de la embajada en el directorio telefónico, y se los anotó en una tarjeta. Contestó una
381 mujer muy amable, en cuya voz pausada y sin brillo reconoció Billy Sánchez de inmediato la dic-
382 ción de los Andes. Empezó por anunciarse con su nombre completo, seguro de impresionar a la
383 mujer con sus dos apellidos, pero la voz no se alteró en el teléfono. La oyó explicar la lección de
384 memoria de que el señor embajador no estaba por el momento en su oficina, que no lo esperaban
385 hasta el día siguiente, pero que de todos modos no podía recibirlo sino con cita previa y sólo para
386 un caso especial. Billy Sánchez comprendió entonces que por ese camino tampoco llegaría hasta

387 Nena Daconte, y agradeció la información con la misma amabilidad con que se la habían dado.
388 Luego tomó un taxi y se fue a la embajada.

389 Estaba en el número 22 de la calle Elíseo, dentro de uno de los sectores más apacibles de París,
390 pero lo único que le impresionó a Billy Sánchez, según él mismo me contó en Cartagena de Indias
391 muchos años después, fue que el sol estaba tan claro como en el Caribe por la primera vez desde
392 su llegada, y que la Torre Eiffel sobresalía por encima de la ciudad en un cielo radiante. El funcio-
393 nario que lo recibió en lugar del embajador parecía apenas restablecido de una enfermedad mor-
394 tal, no sólo por el vestido de paño negro, el cuello opresivo y la corbata de luto, sino también por
395 el sigilo de sus ademanes y la mansedumbre de la voz. Entendió la ansiedad de Billy Sánchez, pero
396 le recordó, sin perder la dulzura, que estaban en un país civilizado cuyas normas estrictas se fun-
397 damentaban en criterios muy antiguos y sabios, al contrario de las Américas bárbaras, donde bas-
398 taba con sobornar al portero para entrar en los hospitales. "No, mi querido joven," le dijo. No hab-
399 ía más remedio que someterse al imperio de la razón, y esperar hasta el martes.

400 –Al fin y al cabo, ya no faltan sino cuatro días –concluyó–. Mientras tanto, vaya al Louvre. Vale
401 la pena.

402 Al salir Billy Sánchez se encontró sin saber qué hacer en la Plaza de la Concordia. Vio la Torre
403 Eiffel por encima de los tejados, y le pareció tan cercana que trató de llegar hasta ella caminando
404 por los muelles. Pero muy pronto se dio cuenta de que estaba más lejos de lo que parecía, y que
405 además cambiaba de lugar a medida que la buscaba. Así que se puso a pensar en Nena Daconte
406 sentado en un banco de la orilla del Sena. Vio pasar los remolcadores por debajo de los puentes, y
407 no le parecieron barcos sino casas errantes con techos colorados y ventanas con tiestos de flores
408 en el alféizar, y alambres con ropa puesta a secar en los planchones. Contempló durante un largo
409 rato a un pescador inmóvil, con la caña inmóvil y el hilo inmóvil en la corriente, y se cansó de espe-
410 rar a que algo se moviera, hasta que empezó a oscurecer y decidió tomar un taxi para regresar al
411 hotel. Sólo entonces cayó en la cuenta de que ignoraba el nombre y la dirección y de que no tenía
412 la menor idea del sector de París en donde estaba el hospital.

413 Ofuscado por el pánico, entró en el primer café que encontró, pidió un cognac y trató de poner
414 sus pensamientos en orden. Mientras pensaba se vio repetido muchas veces y desde ángulos dis-
415 tintos en los espejos numerosos de las paredes, y se encontró asustado y solitario, y por primera
416 vez desde su nacimiento pensó en la realidad de la muerte. Pero con la segunda copa se sintió
417 mejor, y tuvo la idea providencial de volver a la embajada. Buscó la tarjeta en el bolsillo para re-
418 cordar el nombre de la calle, y descubrió que en el dorso estaba impreso el nombre y la dirección
419 del hotel. Quedó tan mal impresionado con aquella experiencia, que durante el fin de semana no
420 volvió a salir del cuarto sino para comer, y para cambiar el coche a la acera correspondiente. Du-
421 rante tres días cayó sin pausas la misma llovizna sucia de la mañana en que llegaron. Billy Sánchez,
422 que nunca había leído un libro completo, hubiera querido tener uno para no aburrirse tirado en la
423 cama, pero los únicos que encontró en las maletas de su esposa eran en idiomas distintos del cas-
424 tellano. Así que siguió esperando el martes, contemplando los pavorreales repetidos en el papel
425 de las paredes y sin dejar de pensar un solo instante en Nena Daconte. El lunes puso un poco de
426 orden en el cuarto, pensando en lo que diría ella si lo encontraba en ese estado, y sólo entonces
427 descubrió que el abrigo de visón estaba manchado de sangre seca. Pasó la tarde lavándolo con el
428 jabón de olor que encontró en el maletín de mano, hasta que logró dejarlo otra vez como lo hab-
429 ían subido al avión en Madrid.

430 El martes amaneció turbio y helado, pero sin la llovizna, y Billy Sánchez se levantó desde las
431 seis, y esperó en la puerta del hospital junto con una muchedumbre de parientes de enfermos
432 cargados de paquetes de regalos y ramos de flores. Entró con el tropel, llevando en el brazo el
433 abrigo de visón, sin preguntar nada y sin ninguna idea de dónde podía estar Nena Daconte, pero
434 sostenido por la certidumbre de que había de encontrar al médico asiático. Pasó por un patio in-
435 terior muy grande con flores y pájaros silvestres, a cuyos lados estaban los pabellones de los en-

436 fermos: las mujeres, a la derecha, y los hombres, a la izquierda. Siguiendo a los visitantes, entró en
437 el pabellón de mujeres. Vio una larga hilera de enfermas sentadas en las camas con el camisón de
438 trapo del hospital, iluminadas por las luces grandes de las ventanas, y hasta pensó que todo aque-
439 llo era más alegre de lo que se podía imaginar desde fuera. Llegó hasta el extremo del corredor, y
440 luego lo recorrió de nuevo en sentido inverso, hasta convencerse de que ninguna de las enfermas
441 era Nena Daconte. Luego recorrió otra vez la galería exterior mirando por la ventana de los pabe-
442 llones masculinos, hasta que creyó reconocer al médico que buscaba.

443 Era él, en efecto. Estaba con otros médicos y varias enfermeras, examinando a un enfermo.
444 Billy Sánchez entró en el pabellón, apartó a una de las enfermeras del grupo, y se paró frente al
445 médico asiático, que estaba inclinado sobre el enfermo. Lo llamó. El médico levantó sus ojos deso-
446 lados, pensó un instante, y entonces lo reconoció.

447 –¡Pero dónde diablos se había metido usted! –dijo.

448 Billy Sánchez se quedó perplejo.

449 –En el hotel –dijo–. Aquí a la vuelta.

450 Entonces lo supo. Nena Daconte había muerto desangrada a las 7:10 de la noche del jueves 9
451 de enero, después de setenta horas de esfuerzos inútiles de los especialistas mejor calificados de
452 Francia. Hasta el último instante había estado lúcida y serena, y dio instrucciones para que busca-
453 ran a su marido en el hotel Plaza Athenée, tenían una habitación reservada, y dio los datos para
454 que se pusieran en contacto con sus padres. La embajada había sido informada el viernes por un
455 cable urgente de su cancillería, cuando ya los padres de Nena Daconte volaban hacia París. El em-
456 bajador en persona se encargó de los trámites de embalsamamiento y los funerales, y permaneció
457 en contacto con la Prefectura de Policía de París para localizar a Billy Sánchez. Un llamado urgente
458 con sus datos personales fue transmitido desde la noche del viernes hasta la tarde del domingo a
459 través de la radio y la televisión, y durante esas 40 horas fue el hombre más buscado de Francia.
460 Su retrato, encontrado en el bolso de Nena Daconte, estaba expuesto por todas partes. Tres Ben-
461 tleys convertibles del mismo modelo habían sido localizados, pero ninguno era el suyo.

462 Los padres de Nena Daconte habían llegado el sábado al mediodía, y velaron el cadáver en la
463 capilla del hospital esperando hasta última hora encontrar a Billy Sánchez. También los padres de
464 éste habían sido informados, y estuvieron listos para volar a París, pero al final desistieron por una
465 confusión de telegramas. Los funerales tuvieron lugar el domingo a las dos de la tarde, a sólo dos-
466 cientos metros del sórdido cuarto del hotel donde Billy Sánchez agonizaba de soledad por el amor
467 de Nena Daconte. El funcionario que lo había atendido en la embajada me dijo años más tarde que
468 él mismo recibió el telegrama de su cancillería una hora después de que Billy Sánchez salió de su
469 oficina, y que estuvo buscándolo por los bares sigilosos del Faubourg St. Honoré. Me confesó que
470 no le había puesto mucha atención cuando lo recibió, porque nunca se hubiera imaginado que
471 aquel costeño aturdido con la novedad de París, y con un abrigo de cordero tan mal llevado, tuvie-
472 ra a su favor un origen tan ilustre. El mismo domingo por la noche, mientras él soportaba las ganas
473 de llorar de rabia, los padres de Nena Daconte desistieron de la búsqueda y se llevaron el cuerpo
474 embalsamado dentro de un ataúd metálico, y quienes alcanzaron a verlo siguieron repitiendo du-
475 rante muchos años que no habían visto nunca una mujer más hermosa, ni viva ni muerta. De mo-
476 do que cuando Billy Sánchez entró por fin al hospital, el martes por la mañana, ya se había consu-
477 mado el entierro en el triste panteón de la Manga, a muy pocos metros de la casa donde ellos hab-
478 ían descifrado las primeras claves de la felicidad. El médico asiático que puso a Billy Sánchez al
479 corriente de la tragedia quiso darle unas pastillas calmantes en la sala del hospital, pero él las re-
480 chazó. Se fue sin despedirse, sin nada que agradecer, pensando que lo único que necesitaba con
481 urgencia era encontrar a alguien a quien romperle la madre a cadenzos para desquitarse de su
482 desgracia. Cuando salió del hospital, ni siquiera se dio cuenta de que estaba cayendo del cielo una
483 nieve sin rastros de sangre, cuyos copos tiernos y nítidos parecían plumitas de palomas, y que en
484 las calles de París había un aire de fiesta, porque era la primera nevada grande en diez años.

Contenido

La rosa de Paracelso	1
La doble trampa mortal	4
La autopista del sur	9
Triángulo isósceles	21
El rastro de tu sangre en la nieve	23